

REPOSITORIO ACADÉMICO DIGITAL INSTITUCIONAL

La madurez psicológica y la madurez espiritual

Autor: J. Guadalupe Monroy Farías

**Tesina presentada para obtener el título de:
Licenciado en Psicología**

**Nombre del asesor:
Raúl Ayala Rangel**

Este documento está disponible para su consulta en el Repositorio Académico Digital Institucional de la Universidad Vasco de Quiroga, cuyo objetivo es integrar, organizar, almacenar, preservar y difundir en formato digital la producción intelectual resultante de la actividad académica, científica e investigadora de los diferentes campus de la universidad, para beneficio de la comunidad universitaria.

Esta iniciativa está a cargo del Centro de Información y Documentación "Dr. Silvio Zavala" que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados.

Esta Tesis se publica bajo licencia Creative Commons de tipo "Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada", se permite su consulta siempre y cuando se mantenga el reconocimiento de sus autores, no se haga uso comercial de las obras derivadas.





FACULTAD DE PSICOLOGÍA

LA MADUREZ PSICOLÓGICA Y LA MADUREZ ESPIRITUAL

TESINA
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA PRESENTA
J. GUADALUPE MONROY FARIAS.

Asesor de Tesina:
Lic. Raúl Ayala Rangel
, Mich.

RUOE020SEP
Clave: 16PSU0004J



01
ZAVALA

T145

OCTUBRE 2001



FACULTAD DE PSICOLOGÍA

LA MADUREZ PSICOLÓGICA Y LA MADUREZ ESPIRITUAL



QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA PRESENTA
J. GUADALUPE MONROY FARÍAS.

Asesor de Tesina:
Lic. Raúl Ayala Rangel
Morelia, Mich.

RUOE020SEP
Clave: 16PSU0004J

OCTUBRE 2001

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.	1
PARTE I	
LA MADUREZ PSICOLÓGICA.	
CAPÍTULO 1	
EL ESTADO DE INMADUREZ.	5
1. ORIGEN DEL TÉRMINO MADUREZ.	5
2. MADUREZ E INMADUREZ.	6
3. LOS INDICADORES DE LA INMADUREZ.	7
3.1 El grupo social.	7
3.2 La realidad de la sexualidad.	8
3.3 La relación hacia la autoridad.	8
4. FORMAS CONCRETAS DE INMADUREZ.	9
4.1 El heroísmo fuera del alcance.	10
4.2 La falta de juicio.	10
4.3 La ausencia del discernimiento.	11
4.4 La fácil crítica de todo y de todos.	11
4.5 La intolerancia de toda ley.	12
CAPÍTULO 2	
LAS DISTINTAS ESCUELAS DE PSICOLOGÍA.	
1. APORTACIONES DEL PSICOANÁLISIS.	13
2. APORTACIONES DE LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA.	15
3. APORTACIONES DE ERIKSON.	16
4. APORTACIONES DE LA PSICOLOGÍA HUMANISTA.	21
CAPÍTULO 3	
LA MADUREZ EN SÍ MISMA.	
1. EL CONCEPTO DE MADUREZ.	23
2. FACTORES HUMANOS DE LA MADUREZ.	24
3. EL HOMBRE DE PIE.	26
4. CARACTERÍSTICAS DE LA MADUREZ.	26
5. LAS LEYES DE LA VIDA PSÍQUICA.	28
6. LA MADUREZ PSÍQUICA.	29
7. LA MADUREZ ES UNA CONQUISTA.	30
8. ¿ SE ES HOY MÁS MADURO QUE AYER?.	32
9. LAS DIFICULTADES DE AHORA.	33
10. LA MADUREZ COMO INTEGRACIÓN DE LA PERSONA.	35

CAPÍTULO 4

CAMPOS DE LA MADUREZ.

1. MADUREZ HUMANA EN LA EDUCACIÓN.	36
2. LA MADUREZ AFECTIVA DEL HOMBRE.	37
2.1 El problema de la madurez afectiva.	37
2.2 Hacia la madurez afectiva.	38
3. MADUREZ SEXUAL DEL HOMBRE.	42
4. EL AUTOCONTROL PERFECTIVO DEL HOMBRE.	43
5. UNA ADVERTENCIA Y UNA INVITACIÓN.	44

PARTE II

SEMILLAS DE LA MADUREZ ESPIRITUAL.

CAPÍTULO 1

LA SITUACIÓN ACTUAL.

1. DESPERTAR ESPIRITUAL EN NUESTRO TIEMPO.	46
2. RECURSO A LAS FUERZAS OCULTAS.	48
3. LA MEDITACIÓN EN EL ORIENTE.	49
4. LÍNEAS DISTINTIVAS DE LA ESPIRITUALIDAD DE HOY.	51

CAPÍTULO 2

EL PASO A LA MADUREZ CRISTIANA.

1. LA DIMENSIÓN CRISTIANA EN LA EDUCACIÓN.	53
2. LA MADUREZ AFECTIVA DEL CRISTIANO.	53
3. LA MADUREZ SEXUAL DEL CRISTIANO.	54
4. ESPIRITUALIDAD COMO HORIZONTE SIGNIFICATIVO.	55
5. LA MADUREZ COMO EXIGENCIA DE UNA VIDA CRISTIANA.	56
6. AUTOCONTROL PERFECTIVO DEL CRISTIANO.	57

PARTE III

LA MADUREZ ESPIRITUAL.

CAPÍTULO 1

LA INMADUREZ ESPIRITUAL.

1. SIGNOS DE INFANTILISMO ESPIRITUAL.	59
2. INMADUREZ PSÍQUICA Y VIDA ESPIRITUAL.	60

CAPÍTULO 2

PROBLEMAS DE LA MADUREZ.

1. PATOLOGÍA ESPIRITUAL.	63
1.1 Vivencia de culpa y de pecado.	64
1.2 El escrúpulo.	64
1.3 Perversión de la conciencia moral.	65
1.4 Religiosidad.	65
1.5 Neurosis y santidad.	66
2. RELACIÓN ENTRE SALUD MENTAL Y VIDA ESPIRITUAL.	67

CAPÍTULO 3

CAMINO A LA MADUREZ ESPIRITUAL.

1. EXIGENCIAS DE LA MADUREZ ESPIRITUAL.	72
2. SEÑALES DE LA MADUREZ ESPIRITUAL.	73

CAPÍTULO 4

LA MADUREZ EN SÍ MISMA.

1. SANTIDAD Y MADUREZ HUMANA.	76
2. MADUREZ ESPIRITUAL.	77
3. LOS TÉRMINOS DEL ESFUERZO.	78

CAPÍTULO 5

APLICACIONES DE LA MADUREZ.

1. LA MADUREZ HUMANA HACIA LA MADUREZ RELIGIOSA.	80
2. LA MADUREZ CRISTIANA.	81
3. LOS BENEFICIOS DE LA VIDA ESPIRITUAL.	83
4. LA REALIZACIÓN PERSONAL VIVIDA EN CRISTO.	85
5. LA MADUREZ EN CRISTO SEGÚN EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA.	86

CAPÍTULO 6

IDEAL DE LA MADUREZ ESPIRITUAL.

1. ITINERARIO PSICOLÓGICO HACIA LA MADUREZ.	88
2. EL PROCESO ASCÉTICO EN LA VIDA ESPIRITUAL.	89
3. EL ESTADO MÍSTICO EN LA VIDA ESPIRITUAL.	90
4. ORIENTACIONES PARA LA EDUCACIÓN ESPIRITUAL.	90

CONCLUSIÓN.	92
-------------	----

BIBLIOGRAFÍA.	96
---------------	----

INTRODUCCIÓN

El hombre tiene necesidad de conocerse a sí mismo; de saber quién es, necesita descubrir el sentido de su vida. Se pone en peligro la felicidad cuando no se reconoce la dignidad. Todo esto implica que el hombre se haya en búsqueda continua, aunque a veces sea inconsciente, o fatigosa o nunca acabada. La identidad no es un dato meramente biológico, inscrito en los cromosomas; ni es tampoco una verdad estática. Esa identidad muchas veces pasa a través de la duda, la inseguridad, la crisis; pero porque es algo dinámico, lo que no puede desaparecer es la búsqueda.

El ser humano para desarrollarse en forma integral debe crecer en su yo psicológico y en su yo espiritual, se trata de dos procesos que pueden estar estrechamente ligados e interactivos. La forma de vivir uno debe facilitar o dificultar el camino del otro.

A través de formas de reduccionismo o dicotomía hemos podido apreciar como muchas veces se trabaja afanosamente en la búsqueda de uno; pero se descuida el otro, lo que conduce a la división y a la desintegración del hombre.

Dada la tecnología, el progreso de nuestro mundo, consideramos urgente la integración de la madurez psicológica y la actitud religiosa para ser humanizado.

El tema de la madurez se ha elegido por la importancia que tiene en la vida de toda persona. Se trata de un estudio en el que se parte de la madurez psicológica. Se pone la mirada en el ser humano como persona que llega a la plenitud de su desarrollo.

Una segunda parte nos hace ver las semillas de la madurez cristiana. El intento es establecer un enlace entre la madurez humana y la madurez espiritual.

En la última parte se dedica este trabajo a la madurez espiritual. El objetivo es una reflexión sobre la santidad en cuanto perfección de la caridad en la persona que ha integrado sus facultades y se hace amigo de Dios y de sus hermanos.

El trabajo de la tesina no ofrece una elaboración estrictamente original; pero hace una contribución encaminada a un acomodo de la información y los elementos que se puedan profundizar por lo que ve a la relación a la madurez espiritual y a la psicológica.

Es una invitación a un estudio más propio de una tesis o de un doctorado con fines de investigación científica.

El tema es fascinante y abre sorpresas de las maravillas que Dios ha creado en la persona tanto en sí como en su relación con Él y con sus semejantes, y desde luego con el mismo universo.



PARTE I

LA MADUREZ PSICOLÓGICA

CAPÍTULO 1

EL ESTADO DE INMADUREZ.

No cabe duda de la oportunidad de investigar la fuente del mismo término madurez. Asimismo de presentar por delante lo que no es la madurez.

1. ORIGEN DEL TÉRMINO MADUREZ.

Si buscamos el origen de madurez encontramos que no es un término acuñado en el ámbito de la psicología, más bien se toma de la agricultura. Así en el Diccionario de la lengua española leemos: madurez: sazón de los frutos; en sentido figurado: buen juicio, prudencia, sensatez, edad de la persona que ha alcanzado su plenitud vital y aún no ha llegado a la vejez¹.

De ahí que la psicología popular, cuando lo aplica al hombre considere que la madurez es una de las edades de la vida, en concreto la segunda edad, la edad adulta. En esta psicología de tipo popular la madurez viene dada por el saber de la experiencia, y por el aprendizaje recibido a lo largo de la primera edad, es decir de la infancia y la juventud que abarca una etapa de plenitud en la que el hombre como los frutos de la tierra, se encuentra en su sazón. Esta concepción de madurez se caracteriza, por tanto, por su identificación con una edad de la vida, la edad adulta. Es un logro que se alcanza simplemente por el paso del tiempo y del aprendizaje, y que una vez adquirido se posee definitivamente. Tiene, por tanto, un cierto carácter estático, se posee. Esta identificación entre edad adulta y madurez, concepción de tipo cosista y estática, resulta insuficiente; y el hecho es que ha sido cuestionada, incluso por el mismo saber popular así como por los estudios de la psicología científica sobre personalidad².

¹ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la lengua española. Tomo 2. 21ª. Edición. Espasa Calpe. Madrid. 1992. Pag. 1289.

² PEDROSA Vicente. Psicología. Nuevo Diccionario Catequético. Paulinas. Madrid. 1998. P. 531.

¿Hasta qué punto se puede decir de todos y de cada uno de los adultos que son maduros? La persistencia de reacciones infantiles, la inestabilidad emocional, la pérdida de sentido, parece ponerlo en duda. El hecho es que el concepto madurez ha ido evolucionando a lo largo de la historia de la psicología y se ha introducido una nueva concepción de madurez en la que se rompe la identificación entre adultez y madurez³: para entender la madurez como el logro de la integración personal, como el equilibrio psicológico, como la capacidad de afrontar adecuadamente los retos de la vida. La madurez ya no es concebida de forma estática, sino de forma dinámica. La vida es entendida como un proceso permanente de maduración. La madurez es ahora entendida como el equilibrio personal a conseguir en cada momento; y no como algo poseído de una vez por todas. Es una situación personal a la que hay que tender, y que nunca se posee plenamente⁴. Así se podrá decir, con toda propiedad que un niño es maduro o se hablará de la inmadurez de determinados adultos.

2. MADUREZ E INMADUREZ.

Se pregunta Di Monda: ¿qué cosa se entiende por madurez? ¿Ser maduro es lo mismo que ser adulto o mayor?⁵ Es cierto que los tres términos significan una determinada etapa de la vida física o psíquica del hombre, no dicen ciertamente la misma realidad. Adulto subraya más el sentido del crecimiento, de un desarrollo que llega con el pasar de los años. El adulto es aquel que ha pasado de la adolescencia; pero se puede ser adulto físicamente, sin serlo psíquicamente o espiritualmente.

Mayor hace referencia a un concepto jurídico, indica el hombre, es decir, indica el hombre que a cierta edad, establecida por la ley, es capaz de actos jurídicos. Capacidad jurídica que no implica necesariamente una plena conciencia moral.

Maduro, a su vez, se dice del hombre apto a procrear y que psíquicamente ha alcanzado una cierta perfección interior. Pero también aquí las dos realidades no se acompañan siempre

³ Por otro lado se define el ser adulto como aquel individuo que ha llegado a una edad en la que se espera de él una respuesta madura y cuya personalidad ha encontrado puntos de referencia e identidad. Cfr. CORBELLAR Roig J. *Descubrir la Psicología*. Cuadernos sobre el comportamiento humano. Barcelona. 1994 n. 21. P. 8.

⁴ PEDROSA Vicente. *Psicología*. Nuevo Diccionario catequético. Paulinas. Madrid. 1998. P.345.

⁵ ANTONIO M. DI MONDA. *Il mito della maturità*. Rasegna di ascetica e mistica. Roma. 1973. N. 24. P. 34.

contemporáneamente. El hombre física y psíquicamente maduro connota, evidentemente, también ser adulto y mayor.

3. LOS INDICADORES DE LA INMADUREZ

La falta de madurez es problema de todo el hombre, de toda la persona. A veces la inmadurez aparece en forma más evidente porque los síntomas son marcadamente visibles. Los indicadores de la inmadurez según escribe Szentmartoni, se da en tres aspectos en los que se manifiesta la inmadurez: en el grupo social y en la relación con los demás; en el sexo y en la autoridad⁶.

3.1 El grupo social y los demás.

El inmaduro no es capaz de adaptación, sino que se acerca a sus coetáneos en dos modos extremos: o como protector o aislándose.

Se trata de Paternalismo: personas que se acercan a otros como protectores, bienhechores, salvadores. Deben tener alguien a quien cuidar, defender o proteger para sentirse grandes y adultos. Viven del afecto y de la gratitud de aquellos que los rodean: dan para recibir.

O bien el Aislamiento. Conocemos personas en nuestro ambiente que no se relacionan con nadie, no participan en la vida pública, no aceptan consejos, no colaboran, no tienen amigos. Esto tiene lugar en grupos cerrados. Tal comportamiento es señal de inseguridad personal, de falta de identidad. Puede ser el nomadismo contemporáneo: personas que huyen una de otra porque no tienen una propia identidad.

⁶ SZENTMARTONI Mihaly. Maturità affettiva. Aspetti psico-dinamici. Orientamenti pedagogici. 1985. P. 120.

3.2 La realidad de la sexualidad.

La relación madura está hecha de diálogo, de tensión dialéctica que lleva al encuentro en el amor. La persona afectivamente inmadura tiene reacciones extremas hacia la realidad sexual: reacciona con agresividad o disociándose.

Agresividad. Se encuentran algunas personas que en situación de confrontamiento con la sexualidad se defienden en modo agresivo. La agresividad tiene mil caras: no existe sólo la agresividad real sino la verbal como la ironía, el sarcasmo, el minimizar, el comportamiento del adolescente hacia las mujeres.

La causa de esta conducta es el miedo. Miedo ante una fuerza que no se puede controlar y que por esto llena de pánico. El miedo en el fondo produce una doble reacción. La agresión o la fuga. La fuga en el campo sexual es vista como disociación.

Disociación consiste en una separación de las personas, en forma subconsciente; pero con consecuencias para el comportamiento. Para muchos hombres la mujer sólo existe en dos categorías: santa madre o seductora. Para muchas mujeres los hombres son todos corruptos, por esto se refugian en la religión o buscan la amistad de los sacerdotes que con el celibato han dado una libre respuesta a un don de Dios. Si el ligamen afectivo madre-niño es fuerte, el hombre queda inmaduro para casarse, o tal vez está muy disminuida la capacidad de crear contactos afectivos, porque en toda mujer ve un tabú prohibido. Podrían llegar a ser casos patológicos. En muchos casos el matrimonio no tiene éxito porque se han casado dos personas afectivamente infantiles.

3.3 La relación hacia la autoridad.

La autoridad es entendida en el sentido más amplio de la palabra, es decir, como toda persona o idea de la cual en algún modo el individuo depende y hacia la cual asume una actitud de sumisión. La normal relación con la autoridad es la aceptación de ella en su función de reguladora de la vida

común. Parece que la persona inmadura no es capaz de esta relación, sino reacciona en modo extremo o con la agresividad o con la sumisión.

Hay dos tipos de agresividad: una positiva y una negativa. La positiva se verifica cuando el hombre se contrapone activamente a las dificultades y a los problemas de la vida externa y si es necesario los afronta con la fuerza necesaria. La agresividad negativa es ciega, destructiva, es una fuerza que no se puede controlar, desproporcionada a la edad y a la situación. Hay personas que en toda autoridad ven un peligro para su personalidad, la autoridad, por así decirlo, les frena su desarrollo, los aterroriza, impide su camino; por esto sus reacciones son amargura, crítica incesante, agresividad, burla, minimización. Para estas personas la fuente de todos los males es el superior, el jefe, la ley, las reglas, el Papa, el gobierno, etc.

Sumisión. Hay personas que se acercan a la autoridad con un "santo temor", profunda veneración, servilismo, aprobando todo modo de proceder, todo chiste y deseo. Estas personas reaccionan infantilmente como los precedentes rebeldes. Ambos modos de reacción son reducidos por la psicología a la misma raíz y llamados competición narcisista, es decir, una lucha inconsciente por la aceptación. La causa es la inseguridad de la propia identidad. El análisis de la sumisión nos lleva a reflexionar sobre un interesante fenómeno, o sea, la así llamada satelización. La satelización es un estado psíquico de dependencia de una persona, de autoridad, como el satélite de su sol. Tal comportamiento tiene sus raíces en la infancia. La persona liga su vida a la de aquel que percibe como omnipotente.

4. FORMAS CONCRETAS DE INMADUREZ.

Las dificultades de que hablamos no son parte de fantasía. Su práctica incidencia en la vida de tantos hombres, nos hace llegar a la conclusión que, hoy los hombres inmaduros son legión. Habríamos todavía ahora una vez más leer en los "signos de los tiempos". Di Monda constata, en efecto, los fenómenos siguientes⁷.

⁷ DI MONDA Antonio. Il mito della maturità. Rasegna di ascetica e mistica. Roma. 1973. 24. P. 45.

4.1 El heroísmo fuera del alcance.

Para mucha gente, el heroísmo, se ha hecho prácticamente inalcanzable, llegado a ser no solo incomprensible, sino además ridículo. Sí, se acepta todavía y se comprende un heroísmo, digamos así, de parada; el heroísmo silencioso de un deber también humilde y escondido, la aceptación de normas, de las cuales se intenta ver la necesidad, el sacrificio por ideales que no son los más apantallantes, compartidos por la masa, encuentran montañas de oposiciones y de sofismas. Por no haber programado la superación del instinto y el entrenamiento al esfuerzo, se ha caído así en una mediocridad impresionante: todo es imposible, todo es pasado, todo insidia la sagrada libertad. Los santos, los héroes, los lazos por el deber, todo como cosas de otros tiempos y gente más bien estúpida o poco astuta por no haber aprovechado las ocasiones de gozar de la vida. Ahora nosotros no creemos que la mediocridad sea signo de madurez. Porque hasta en los menos dotados de la naturaleza, la mediocridad, digamos así constitucional, es superada por una tensión continua hacia lo alto, que es uno de los signos más verdaderos de la auténtica personalidad.

4.2 La falta de juicio.

La falta de juicio y la incapacidad de valorar lo mejor de la realidad. Juzgar las cosas solo desde un punto de vista utilitario y pragmatista es algo muy fácil. Pero esto es el lado más superficial de la realidad. Que hoy muchos, deshabituados como son a la reflexión, no consiguen ver más allá de la materia, es un triste signo del envilecimiento de la inteligencia y de la inercia mental y por ello también de una difusa inmadurez. Quien no recuerda, por ejemplo, las polémicas sobre el celibato de los sacerdotes. Cuántos han defendido la abolición de este tremendo y maravilloso peso para el sacerdote, aduciendo motivos de integración afectiva, de necesidades apremiantes de la vida cotidiana, de necesaria nivelación a las condiciones generales de la humanidad; y está bien, todo esto tiene un valor; pero ¿cuántos son los que han entendido y defendido la posición del sacerdote célibe como la

única verdaderamente heroica y fecunda? Se ha juzgado por muchos, la vida religiosa como inútil, acolejante, etc. Muy pocos demuestran comprender que las almas consagradas son benefactores y constructores de una sociedad entre las más insignes, aunque no se pueda demostrar con datos y números de mucha lógica.

4.3 La ausencia de discernimiento.

Los juicios que son una continua bofetada a la inteligencia y a los auténticos valores perennes. El entusiasmo por ciertas estrellas de cine o ídolos; el arrojarse sobre ciertas obras como si fueran obras maestras del siglo; el inconcebible favor acordado a medias figuras es solo fruto de una sensibilidad más refinada, o solo diversidad de gusto, o no son más bien el inconfundible signo que no se razona más con la cabeza propia, y no se sabe valorar y discernir el bien del mal. Se tiene a menudo la impresión que muchos hombres de hoy no saben más que encontrarse en el interminable nivel de palabras, charlas y reclamos. Pero el hombre que ha sido hecho para razonar, no razona más y no sabe discernir, no es ciertamente maduro.

Quiero repetir aquí la palabra de san Pablo: "Acerca de lo cual es mucho lo que tenemos que decir, no fácil declarar, ya que se han tornado torpes de oído. Porque debiendo en razón del tiempo, ser maestros, de nuevo tienen necesidad de que les enseñen los primeros rudimentos de los oráculos de Dios y han llegado a tener necesidad de leche y no de alimento sólido."⁸

4.4 La fácil crítica de todo y de todos.

No se trata de aquella crítica constructiva que sabe analizar, desentrañar y sopesar hombres y hechos: un arte difícil, raro, que supone una gran madurez de juicio. Hablamos de aquella crítica de todo sobre la boca de todos: todo es contestado, condenado y encontrado inadaptado. No se salva ni el Padre eterno, llamado continuamente a juicio por el último imbécil de la calle. No se salva el Papa, invitado

⁸ Hb. 5 11-12

tal vez, a aprender teología y fe por el imberbe periodista; no se salvan los responsables de la suerte de los pueblos, ni los padres, ni los educadores. Los modernos críticos tienen receta para todo al alcance de la mano; y están persuadidos que ellos, sí ellos, resolverán los problemas; excepto no concertar nada apenas se confía a ellos el más modesto trabajo. Ciertamente algunos hombres, de la cordura de luego y para los cuales todo es fácil son todo lo contrario del hombre maduro. Solo el que hace las cosas, sabe verdaderamente.

4.5 La intolerancia de toda ley.

Se califica la ley como opresión de la libertad y por tanto se pretende sacudírsela y rechazar por un fácil anarquismo. Clásica inmadurez también del cristiano que, a pesar de haber recibido el Espíritu de la libertad con la gracia, no ha logrado todavía, a través del esfuerzo de amor, interiorizar el precepto y a ponerse más "sobre" la ley: inmaduro es el cristiano que no quiere o no se esfuerza de hacer suyo este Espíritu. Se proponen medios y prácticas para que elimine la relación exterior y la transforme en interior; mientras permanezca extraño a este Espíritu, también las prácticas le parecerán extrañas y legalistas, y se quejará del formalismo de la Iglesia. Debe atribuir estas sensaciones a su inmadurez. Si se decide de una vez para siempre a identificarse con el Espíritu de la Iglesia, se hace cristiano maduro, y, asumiendo su plena corresponsabilidad, no puede más concederse el lujo de actuar como extraño; la conversión religiosa, enseña Haring, es el repudio de toda insumisión o anomía. El retorno a la ley no es posible sino mediante la completa renovación del corazón. La conversión es la aplicación del espíritu, el corazón y la voluntad a la nueva ley del amor.⁹

⁹ HARING Bernard. La ley de Cristo. Herder. Barcelona 1961. P. 449.

CAPÍTULO 2.

LAS DISTINTAS ESCUELAS DE PSICOLOGÍA

Estas cuestiones han sido iluminadas a lo largo de la historia desde distintos ámbitos, y recientemente por las distintas escuelas de psicología. Sinteticemos estas aportaciones.

1. APORTACIONES DEL PSICOANÁLISIS

Para el psicoanálisis el concepto madurez está íntimamente ligado al equilibrio personal, y fundamentalmente a las dimensiones más profundas de la personalidad. En una célebre frase a este respecto, Freud identifica la madurez con la capacidad de amar y trabajar en libertad, o la capacidad de resolver conflictos internos, principalmente inconscientes, que impiden amar y paralizan o dificultan toda capacidad productiva.

El psicoanálisis clásico está relacionado con la segunda teoría que Freud elaboró acerca de la ansiedad, según la cual la ansiedad neurótica es la reacción del yo ante la posible satisfacción de un impulso del ello previamente castigado y reprimido (Freud, 1949). La tensión o ansiedad aparece cuando el individuo afronta una situación que recuerda a la parte inconsciente del yo un conflicto reprimido durante la infancia y, por lo general, relacionado con los impulsos sexuales. La terapia psicoanalítica trata de eliminar esta represión y ayudar al paciente a enfrentarse a su conflicto infantil y resolverlo a la luz de una realidad adulta. La represión, ocurrida desde hace tiempo, impidió que el yo se desarrollara de manera madura, y se supone que su eliminación hace posible este reaprendizaje.¹⁰

En la misma línea se manifiesta su discípulo Jung cuando describe el proceso de maduración como el proceso de confrontación con el propio inconsciente personal y con el inconsciente colectivo, con el fin de alcanzar la integración personal, al situarlo en relación, no sólo a las fuerzas inconscientes personales, sino a las de la especie. Experiencia de arraigo social y cultural: dificultades en la expresión de vivencias profundas compartidas con el resto de las que forman una misma cultura, y

¹⁰ DAVISON Gerald. Psicología de la conducta anormal. Limusa 1992. México. P. 541.

ausencia de gestos y ritos simbólicos que permitan la integración de una comunidad humana, se convierten en objeto del estudio de Jung, cuando aborda el equilibrio personal, sanidad y madurez humana, puesta muy en relación con el concepto clásico de sabiduría.

El objetivo del tratamiento de Jung es desarrollar en cada paciente las potencialidades creativas o por lo menos la potencialidad creativa de vivir. El terapeuta no debe tener ideas fijas de lo que es correcto o normal y de lo que no lo es. Debe intentar ayudar a su paciente a hallar nuevos significados en su interior. Con este fin de lo que se trata no es tanto de hablarle sobre él cuanto de ponerlo en contacto consigo mismo.¹¹

E. Fromm aborda la madurez intentando integrar aspectos no sólo psicológicos sino filosóficos y sociales. Aborda a este respecto temas para él cruciales, como la capacidad de amar, de ser libres, de tener una escala de valores, una ética, o sea, la capacidad de ser, sobre la huida al tener, la capacidad de asumir el riesgo sobre la búsqueda de seguridad a toda costa, poniendo todos estos temas en relación con la sociedad contemporánea.

Podríamos decir que la gran aportación de Fromm se pone en relación al concepto de equilibrio, tomado del psicoanálisis freudiano, con la necesidad de sentido de la filosofía existencial, y la dimensión social del hombre.

Fromm estudia la orientación productiva y menciona que Freud tiene una descripción clínica del carácter improductivo exhaustiva y correcta, haciendo caso omiso del hecho de que los conceptos teóricos que empleó requieren una revisión. Pero el carácter de la personalidad normal, madura y sana ha sido apenas considerado. Al ocuparse del carácter productivo Fromm se aventura ir más allá del análisis crítico e investiga la naturaleza del carácter plenamente desarrollado que es la meta del desarrollo humano y simultáneamente el ideal de la Ética Humanista.¹²

En definitiva, la aportación fundamental de las corrientes psicoanalíticas al proceso de integración de las distintas dimensiones de la personalidad consciente e inconsciente, es un equilibrio no siempre plenamente conseguido. Pero esta aportación, compartida por los distintos autores es particularmente enriquecida por la visión particular de cada uno de ellos.

¹¹ KAPLAN Harold. *Compendio de Psiquiatría*. Salvat. Barcelona. 1984. P. 108.

¹² FROMM Erich. *Ética y psicoanálisis*. Fondo de cultura económica. México. 1992. P. 91.

2. APORTACIONES DE LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA.

Una segunda fuente de aportaciones para el concepto madurez por parte de la psicología la encontramos en los estudios sobre el desarrollo del hombre, realizadas por la psicología evolutiva, que tanta importancia ha tenido y tiene para la catequesis. Un mejor conocimiento del desarrollo humano, una descripción más precisa de las dinámicas internas, que posibilitan su desarrollo armónico, permiten comprender mejor qué debemos entender como madurez y qué como inmaduro en cada momento de la vida. En la psicología educativa, la madurez es entendida como la capacidad de enfrentar cada uno de los retos que se presentan al individuo a lo largo de su vida. Para ello es necesario precisar cada uno de los niveles que deba alcanzar el hombre en su desarrollo, o sea, describir la forma adecuada en cada una de las edades. Tener en cuenta las capacidades y habilidades que el sujeto normal alcanza y de las que se sirve para responder a cada uno de los retos.

En un primer momento la psicología evolutiva dedicó su esfuerzo a describir detenidamente cada una de las edades del desarrollo general, especialmente la infancia, la adolescencia. En ese sentido la obra de Gessel (1954) ha sido fundamental. Más tarde se buscó no solo describir, sino interpretar qué es lo que motiva y cómo se efectúa ese desarrollo en cada una de las facetas humanas. Los trabajos efectuados por Piaget (1958) y Vygotski (1962) sobre la inteligencia son modélicos por sus inapreciables aportaciones: En las teorías generales del desarrollo intelectual, como la propuesta por Piaget y sus colaboradores se incluyen cambios de nivel de edad en por lo menos cuatro áreas principales del desempeño cognoscitivo, a saber, la percepción, la objetividad-subjetividad, la estructura de las ideas o el conocimiento y la naturaleza del pensamiento o la resolución de los problemas.¹³

¹³ AUSEBEL David. *Psicología educativa*. Trillas. México. 1995. P. 201.

3. APORTACIONES DE ERIKSON.

Erikson aporta al desarrollo del psicoanálisis su comprensión de la vida entendida como algo dinámico. Para él, a lo largo de la vida, el hombre en su diálogo con la realidad, se encuentra enfrentado a ocho grandes retos o crisis de crecimiento. Estos retos son los que según el esquema de Erikson constituyen los ocho estadios del desarrollo, cada uno de los cuales se caracteriza por el desarrollo específico de crisis psicosocial, que debe resolverse a su debido tiempo para que el individuo pase al estadio siguiente. La solución exitosa aumenta la madurez humana. La explicación de cada uno de los estadios y de sus correspondientes tensiones, que vamos a detallar es descrita por Erikson en su libro *Infancia y Sociedad*.

1. Confianza básica- desconfianza básica.

En este estadio que ocupa los primeros meses de la vida se desarrolla como zona erótica y primera zona de interacción, la boca, por medio de ella se alcanza la experiencia del placer en la crianza y se suministran diariamente las primeras sensaciones de bienestar. El niño gradualmente desarrolla un sentimiento de que el mundo circundante es bueno y merece la pena vivir y estar en él y como consecuencia va progresivamente adquiriendo la confianza básica en él mismo que será fuente de seguridad y sustento para su futuro crecimiento. Por el contrario si no encuentra unos brazos que le acunen, una persona con quien interactuar afectivamente, una fuente de placer y seguridad, adquirirá una conciencia de que lo que le rodea es malo y progresivamente se deteriorará su propia seguridad y confianza.

Erikson asegura que " las madres infunden un sentido de confianza en sus hijos mediante la clase de sus cuidados la cual en su calidad, combina la atención sensible de las necesidades individuales del

bebé y un firme sentido de la honradez personal dentro de la estructura confiable del estilo de vida de su comunidad".¹⁴

2. Autonomía, vergüenza y duda.

El segundo estadio anal uretral y muscular alcanza hasta los dos, tres años de edad. Es el tiempo en el que el niño va adquiriendo progresivamente autonomía en sus acciones y desplazamientos, en que sus actividades alcanzan o no un grado de control y autonomía suficiente. En este estadio la zona anal llega a ser el sitio de choque de dos formas de actuar: retención y eliminación. Estas dos formas se expresan también por el desarrollo muscular en acciones tales como agarrar las cosas y tirarlas. El niño duda, a menudo, algunas veces violentamente entre los dos opuestos y pierde su control, pero ha de aprender a controlar estas dos pulsiones para alcanzar sin miedo a arriesgarse su propia autonomía. Si el niño está sometido a un repetido y excesivo apremio paterno el resultado puede ser un sentimiento duradero de duda y vergüenza. En definitiva en esta etapa el niño se encuentra enfrentado a la disyuntiva entre ser y sentirse autónomo, seguro de sí, capaz de controlar su propia corporalidad y carácter o a la inseguridad respecto a sí mismo y su autocontrol y al miedo a lo que le rodea.

De acuerdo con Erikson: "la fuente ontológica de este segundo tipo de ritualización es la segunda etapa de la vida, caracterizada por los avances rápidos en la autonomía social. Conforme la habilidad para gatear y finalmente ponerse de pie, sirven para aumentar la confianza del niño en sí mismo, también conduce pronto a jugar con los límites de lo permitido".¹⁵

14 ERIKSON Erik. Identity, Youth and crisis. Citado en DICAPRIO Nicholas. Teorías de la Personalidad. Mc Graw Hill. México. 1993. p. 179.

15 ERIKSON Erik. Toys and Reasons. Citado en DICAPRIO Nicholas. Teorías de la Personalidad. Mc Graw Hill. México. 1993. p. 184.

3. Iniciativa-culpa.

A este estadio que ocupa hasta a los cinco, seis años, Freud lo denominó fálico y en él situó el complejo de Edipo con su constelación de sensaciones, anhelos y miedos. Erikson sitúa esta constelación de sentimientos en el contexto más amplio de las nuevas capacidades del niño, independencia y movimientos vigorosos comprensión del idioma, imaginación salvaje y a veces asustadiza. En este periodo se interioriza la intencionalidad de las acciones y de los sentimientos siendo un tiempo en el que emerge la intención moral y los sentimientos de culpa que pueden tener una pulsión positiva al redirigir su curiosidad y su energía mas allá de la familia hacia el mundo de los hechos, de los ideales y de las metas prácticas. Pero el peligro de este estadio es que la existencia de un hondo y permanente sentimiento de culpa ante deseos prohibidos y celos, quizás expresados en actos de temor a una agresión ingobernable bloquee el crecimiento del niño.

Para Erikson: "en cada niño hay en cualquier etapa un nuevo milagro de despliegue vigoroso, el cual constituye una nueva esperanza y una nueva responsabilidad para todos. Este es el sentido de la cualidad extendida de la iniciativa".¹⁶

4. Industriosidad- inferioridad.

Este periodo denominado periodo de latencia tiene para Erikson un significado nuevo. Es el tiempo que va hasta la llegada de la pubertad y la adolescencia. Es el tiempo de la instrucción sistemática bajo la guía de adultos o niños mayores. El niño sale más allá del círculo familiar inmediato y explora sus modos y capacidades y relación con otros niños y adultos. En este estadio aprende a usar las herramientas y los utensilios del mundo adulto y así desarrolla un sentimiento de industriosidad. Cuando en este esfuerzo no alcanza el éxito o las metas que los adultos le proponen son contradictorias se consigue un sentimiento de inferioridad.

¹⁶ ERIKSON Erik. *Childhood and society*. Citado en DICAPRIO Nicholas. *Teorías de la Personalidad*. Mc Graw Hill, México. 1993 p.183.

Para Erikson: "el peligro del niño en esta etapa radica en el sentido de insuficiencia e inferioridad. Si se desespera de sus herramientas y habilidades o de su posición entre sus compañeros que utilizan las herramientas, puede desanimarse respecto a su identificación con ellos y con un segmento del mundo que utiliza la herramienta".¹⁷

5. Identidad- confusión de identidad.

Esta confrontación se da en el tiempo de la pubertad y la adolescencia. En este tiempo de cambios corporales acelerados y de maduración genital surge la pregunta sobre la igualdad y la continuidad con lo que uno era en los años precedentes. La juventud pubescente se enfrenta con el problema de conectar las cualidades de su yo y lo vivido en su infancia con el rol adulto que está llamado a ser. Esta identidad la estructura gradualmente a partir de lo que es en el fondo de sí mismo, de los roles que ejecuta, de cómo es percibido por otros, de su dotación constitucional individual, de sus capacidades. Es frecuente que el adolescente en este proceso busque una solución temporal por medio de la identificación con algún héroe popular o juntándose a alguna pandilla que le dé la identidad por medio de la aceptación entre los iniciados y los extraviados basándose en estereotipos. El formar parte de tales grupos evita el sentimiento de confusión de identidad, que le permite probar su capacidad de fidelidad. Este no es más que un primer paso para alcanzar una identidad personal que le diferencia del resto de sus compañeros y que le hace sentirse autor y protagonista de su vida. En caso contrario, se ve abocado a dejarse llevar por el ambiente o por los otros sin conocer muy bien el sentido de lo que vive y de lo que hace o incluso a caer en patologías más o menos graves de confusión de identidad.

De acuerdo a Erikson: "La adolescencia es la última etapa de la infancia. Sin embargo, el proceso adolescente queda concluyentemente completo sólo cuando el individuo ha subordinado sus

17 ERIKSON Erik. *Childhood and society*. Citado en DICAPRIO Nicholas. *Teorías de la Personalidad*. Mc Graw Hill. México. 1993. p 187.

identificaciones infantiles a una nueva clase de identificación, lograda al absorber la sociabilidad y en un aprendizaje competitivo con sus compañeros de edad",¹⁸

6. Intimidad-aislamiento.

Con el logro de identidad el joven está listo por fin para compartir y fundar su identidad con la identidad de otros en una relación íntima, aunque Erikson elabora este concepto principalmente en las relaciones heterosexuales de mutualidad orgásmica que según su pensamiento sólo pueden desarrollarse totalmente en relaciones permanentes. La intimidad también se hace presente en otras situaciones como la amistad, la camaradería; cuando por el contrario hay ausencia de una identidad firme o miedo a la pérdida del yo la persona evita tales experiencias a toda costa. Establece solamente una relación superficial y de todo ello resulta un sentimiento profundo de aislamiento. "Antes de que se alcance esta madurez genital, según Erikson, gran parte de la vida sexual es de búsqueda de sí mismo, del tipo ávido de identidad; cada cónyuge está realmente tratando sólo de alcanzarse a sí mismo. O persiste únicamente como una especie de combate genital en el que cada cual trata de vencer al otro."¹⁹

7. Generatividad-estancamiento.

Es el reto de la edad adulta propiamente dicha. Dado el enorme papel del aprendizaje y la transmisión temporal en las vidas humanas, la generatividad juega un papel fundamental. Los adultos, para que el sentido de su vida diga algo esencial, requieren ser necesarios. Donde comprueban este proceso de maduración es precisamente al transmitirlo a las nuevas generaciones. Aquellos que absorbidos en otras preocupaciones e intereses se cierran en sí mismos es posible que se empobrezcan personalmente y que vivan la experiencia de su propio sentimiento de estancamiento. Erikson señala que hay muchas instancias en la vida de un hijo que proporcionan a los padres los más profundos

18 ERIKSON Erik. *Identity: Youth and crisis*. Citado en DICAPRIO Nicholas. *Teorías de la Personalidad*. Mc Graw Hill. México. 1993. p. 195.

19 Idem p. 195.

placeres, pero ambos progenitores necesitan un alto grado de madurez, si han de realizarse esos gozos y placeres²⁰.

8. Integridad-desesperación.

Cuando se alcanzan con éxito cada uno de los siete estadios anteriores se logra la integración de cada una de las etapas precedentes y por tanto la madurez en la vida. La cosecha en la vejez es un sentimiento de plenitud, de integridad, y la personalidad es adornada de múltiples cualidades. La integridad del yo maduro es enriquecida por un sentimiento de coherencia y totalidad. En este tiempo de plenitud existe un sentimiento de comunión con el mundo, con la sociedad y con la vida y de sentido espiritual. Se acepta de una forma nueva el amor hacia los propios padres y hacia el resto de las personas significativas de la propia vida. La persona se siente solidaria con pueblos distantes y con los hombres que han trabajado por la dignidad humana y el amor. Y la integridad fundamental en la asunción del uno y único ciclo vital la aceptación de la propia muerte. Cuando esto no ocurre, se toma conciencia de que la vida se termina y ésta se ha perdido. La falta de integración del yo, se ve marcada por la desesperación, por la no aceptación de la excesiva fugacidad del tiempo y de la imposibilidad de volver a comenzar: Esta es la manifestación acumulada del ego, de su propensión al orden y al significado. Es un amor posnarcisista del ego humano –no del yo- como una experiencia que transmite cierto orden del mundo y sentido espiritual, no importa cuán costoso sea ²¹.

4. APORTACIONES DE LA PSICOLOGIA HUMANISTA

Una tercera aportación la encontramos en la psicología humanista que realiza el intento de recoger las aportaciones del psicoanálisis y de la psicología experimental. Aborda la madurez desde la óptica del crecimiento personal, la motivación y la autoestima. Abraham Maslow en su teoría de las motivaciones

20 DICAPRIO Nicholas. Teorías de la Personalidad. Mc Graw Hill. México. 1993. p. 197.

21 ERIKSON Erik. Childhood and society. Citado en DICAPRIO Nicholas. Teorías de la Personalidad. Mc Graw Hill. México. 1993. p.199.

hacer caer en la cuenta de que más allá de las motivaciones básicas que se caracterizan por su capacidad de ser saciadas existen otras que denomina motivaciones superiores que son específicas de la especie humana y se caracterizan por su capacidad de retroalimentación. Cuanto más se cultivan más necesidad tenemos de vivirlas y practicarlas. Entre ellas encontramos la necesidad de tipo ético y estético y, principalmente la necesidad de sentido. El hombre por tanto, para Maslow es el que más allá de cubrir sus necesidades básicas: alimentación, sexo, gregariedad, etc.; y del desarrollo biológico que le hace ser adulto está llamado a la realización personal, a dar sentido a su existencia en diálogo con su entorno y a caminar en un proceso de realización personal que le permita ser un individuo sano, maduro y feliz. Según Maslow: "Se halla la concepción de que un desarrollo pleno, sano, normal y deseable consiste en la actualización de esta naturaleza, en satisfacer estas potencialidades, y en desarrollar en la madurez a lo largo de líneas que esta naturaleza oculta, furtiva y vaga dicta, desarrollándose desde el interior en vez de ser formada desde el exterior".²²

En esta misma línea hemos de situar el resto de los psicólogos de este movimiento como Fromm, Maud, pero obligado citar a Rogers por la influencia que ha tenido su pensamiento en el diálogo pastoral, en el acompañamiento pastoral y grupal y en concreto en la catequesis de adultos.

Rogers afirma que el "camino del desarrollo hacia la madurez psicológica, el camino de la terapia, es la anulación de lo extraño en el funcionamiento del hombre, la disolución de las condiciones de valía, lograr un yo congruente con la experiencia, y la restauración de un proceso unificado de valoración orgánica como regulador del comportamiento".²³

22 MASLOW Abraham. *Toward a Psychology of Being*. Citado en DICAPRIO Nicholas. *Teorías de la Personalidad*. Mc Graw Hill. México. 1993. p. 370.

23 ROGERS Carl. *A way of Being*. Citado en DICAPRIO Nicholas. *Teorías de la Personalidad*. Mc Graw Hill. México. 1993. p. 443.

CAPÍTULO 3.

LA MADUREZ EN SÍ MISMA

Estado de completa y estabilizada diferenciación e integración somática, psíquica y mental. También la actitud para conseguir los propósitos asignados a cada individuo y para afrontar las exigencias de la vida.

1. El concepto de madurez humana.

Esta concepción dinámica de la madurez se enfrenta a nuevas preguntas: ¿Qué es ser maduro y qué es no serlo? ¿Cómo ha de entenderse en cada uno de los momentos de la vida? ¿Hay características que nos permitan discernir en cada momento el grado de madurez? ¿Cuáles son las dinámicas que hacen posible a los hombres alcanzar la madurez y cuáles se la impiden o dificultan? Y llevado el término a la religiosidad: ¿En qué consiste la maduración en la fe? ¿Cuáles son sus características? ¿Qué relación existe entre madurez humana y madurez cristiana?.

La madurez humana es expresión de la madurez de la personalidad madura, caracterizada por la armonía de sus tendencias y de sus valores.

Según lo subrayan los psicólogos hoy, la madurez no es una cualidad simple; tiene muchos aspectos, y cada uno de ellos puede desarrollarse de manera diversa. Esto debe ser tenido muy en cuenta a la hora de determinar los criterios con que se le quiere valorar. La madurez, pues, se presenta como una condición global que se distingue por su típico modo de ser, por su estilo que escapa en parte a medidas objetivas, pero que se impone de una manera característica.

La madurez es una realidad compleja y no es fácil circunscribirla completamente. Se ha convenido, sin embargo, en considerar maduro en general, al hombre que ha realizado su vocación de hombre, con otras palabras: 1) al hombre que ha conseguido la suficiente capacidad habitual para obrar libremente; 2) que ha integrado sus bien desarrolladas capacidades humanas en hábitos virtuosos; 3) que ha conseguido un fácil y habitual autocontrol emotivo, con la integración de las fuerzas emotivas que

deben estar al servicio de una conducta racional; 4) que prefiere vivir comunitariamente porque quiere hacer partícipes a los demás de su donación; 5) que se compromete a un servicio profesional con estabilidad y serenidad; 6) que demuestra saber comportarse según la autonomía de la conciencia personal; 7) que posee la libertad de explorar, investigar y elaborar una experiencia, es decir, transformar los acontecimientos para que resulten fructíferos en el futuro; 8) al hombre que ha logrado llevar al debido nivel de desarrollo todas sus potencias y posibilidades específicamente humanas.

Gastón de Mezerville define la persona madura como aquella que "en un momento determinado de su vida, va desarrollando un sano sentido de identidad, un cálido sentido de pertenencia y fraternidad con sus semejantes, y un sólido sentido de misión como significado último de su existencia"²⁴.

2. FACTORES HUMANOS DE LA MADUREZ

La persona humana es un ser autónomo, distinto, una unidad sustancial. Esta unidad y singularidad de cada persona tiene como efecto la unidad y la singularidad de cada personalidad. Cuando la personalidad está desunida y desintegrada se produce la doble personalidad. El resultado es un fenómeno impresionante.

La situación concreta de cada individuo ofrece una mayor o menor integración de la personalidad y del desarrollo de la misma. El concepto de integración significa esencialmente unidad funcional, armonía en el interior de la persona; armonía entre los deseos, tendencias, pensamientos, ambiciones y propósitos, entre mentalidad y comportamiento²⁵.

Hablamos de integridad cuando hay unidad de intencionalidad y de acción; la notamos en la facultad de tomar decisiones sin demasiadas dudas ante los retos que hay que enfrentar.

Los conflictos se resuelven en una personalidad con buena integración sin desviaciones hacia la inadaptación o a la neurosis. La solución de los problemas se da sin lesionar la unidad y la armonía de las tendencias en dificultad se restaura.

²⁴ MEZERVILLE Dr. Gastón de. *Madurez sacerdotal y religiosa*. Celam. Bogotá. 199. p. 181.

²⁵ ZAVALLONI Roberto. *Educazione e personalità. Vita e pensiero*. Milán. 1968. p. 194.

En una personalidad integrada los diferentes rasgos y necesidades de la naturaleza humana se organizan en una totalidad que conserva la unidad. La integración es esencialmente una característica del proceso de desarrollo. No es suficiente el desarrollo del organismo humano en el aspecto de la fisiología.

Aquí tratamos de desarrollo en sentido psicológico; un progreso hacia una meta. Llegar a la meta por medio de un sano desarrollo es a lo que llamamos madurez. Una personalidad es madura si el desarrollo es completo en lo que se refiere a las capacidades y cualidades que se necesitan para que alguien sea un adulto. La madurez es un proceso, no un término, se va consiguiendo en el transcurso de la vida.

Hemos de estar atentos a no caer en un error que aparece en alguna literatura psicológica: se afirma que la personalidad llega a la madurez por medio de las determinantes psíquicas y sociales en unión con las cualidades físicas del organismo. No negamos que el hombre es el resultado de innumerables influencias de su interior como de su exterior. Pero de forma considerable el hombre o la mujer son lo que ellos hacen de sí mismos.

Se da una diferencia entre la gente que expresa su fatalismo, su dejadez, echan la culpa a la suerte, al destino, a que "ya les tocaba". Sin desconocer la influencia de la herencia, las motivaciones, la afectividad y el ambiente, en cada ser humano existe la capacidad de elegir, de seguir o no un estilo de conducta, de ser el arquitecto de su propio destino. La persona es madura no solo porque ve que las cosas suceden sino que hace que sucedan.

Hombre o mujer auténticamente maduro sólo lo son cuando han integrado entre sí las fuerzas afectivas y las han integrado a la razón. El grado más alto de madurez tiene lugar cuando hay armonía de la razón, la sensibilidad y la naturaleza física. La afectividad proporciona energía y gozo a la razón, ésta vive la armonía y alcanza con mayor facilidad sus objetivos.

En el plano ontológico, escribe Zavalloni²⁶, la madurez afectiva es la plenitud de la afectividad sensible. De esta forma se evita ser dominado por las pasiones o quedar fracturado en sí mismo.

²⁶ ZAVALLONI R. *Madurez espiritual*. Nuevo Diccionario de Espiritualidad. Dirigido por Stefano de Fiore. Paulinas. Madrid. 1983. P. 832.

3. EL HOMBRE DE PIE.

El hombre tiene tres estratos: en el tercero lo espiritual, en el segundo lo sensible, en el primero lo físico. Los tres estratos se sostienen, se comunican, reaccionan unos con otros, pero se deben respetar sus jerarquías; el estrato físico está abajo, es el menos noble; el espiritual está encima, es el más bello. Si no se conserva el orden de los valores, la construcción resulta endeble, el hombre no se sostiene.

El hombre de pie, afirma Quoist ²⁷ es aquel cuyo espíritu, enteramente libre, domina la sensibilidad y el cuerpo. No desprecia ni a uno ni a otro, pues los dos son bellos e útiles ya que Dios los creó, pero los gobierna y los dirige. Él es el amo, ellos los servidores.

4. CARACTERÍSTICAS DE LA MADUREZ HUMANA

Los primeros años de la vida se caracterizan por la desorganización psíquica; en el crecimiento el individuo puede realizar una transición gradual a integrarse, a ser coherente, construirse y tener creatividad: en resumen adquirir las virtudes de las ocho etapas de la vida de Erik Erikson.

En efecto, la madurez tiene como características la armonía de todos los elementos de la personalidad de un individuo, de donde se deriva la adaptación a sí mismo y a los demás, la integración en la propia personalidad, el sentido de responsabilidad y la capacidad de autocontrol. Se trata de condiciones psicológicas altamente positivas, que llevan al equilibrio físico y psíquico, a la posibilidad de enfrentarse serenamente con cualquier situación nueva en la vida y que representan la meta final de todo educador.²⁸

Para trazar el perfil psicológico del hombre maduro podrían servirnos estos criterios: a) la posibilidad de adaptarse con capacidad a las condiciones, los cambios y las responsabilidades que la sociedad exige; b) el espíritu de servicio manifestado en la iniciativa para colaborar con los semejantes y de

²⁷ QUOIST Michel, *Triunfo*, Lumen, Buenos Aires, 1987, P.22

²⁸ ZAVALLONI Roberto, *Madurez espiritual*, Nuevo Diccionario de Espiritualidad, Dirigido por Stefano de Flores, Madrid, 1983, p. 833.

respetar los lineamientos de la autoridad tanto de la familia como de la sociedad; c) el logro de la especialización y la confianza de los propios recursos personales en el campo de acción correspondiente; d) la capacidad de resolver de modo objetivo y realista los conflictos de la vida con un manejo apropiado de los propios impulsos.

Puede decirse que el hombre maduro es el hombre normal, equilibrado, no el soñador inactivo, el que considera sus sueños como realidad, soñar la vida no es vivirla. Tiene un derecho a asirse un poco al ensueño para seguir adelante, pero jamás para alejarse de la realidad.

El ser humano que ha llegado a la madurez goza, por su vida de fe y de esperanza, de un equilibrio que le permite soportar el esfuerzo y el riesgo; persona que nunca se queda sin quehacer en lo que significa hacer el bien.

Una descripción de la personalidad madura se manifiesta por ir más allá de la referencia a sí misma para tener apertura que le facilita la comprensión de los demás. Tiene la persona madura participación en la vida de los otros en un clima afectivo de intimidad y de respeto. Por lo que ve a sí misma la persona madura ha logrado un excelente dominio. Sin eliminar los impulsos y contrariedades ni ser bobalicona ni siempre serena; sin embargo, sabe sobrellevar las contrariedades propias y ajenas con una seguridad interior que consigue moderación en los entusiasmos y sobrellevar los temores sin exagerarlos. A una persona mayor no le queda repetir la reacción del infante que grita y brinca en las euforias; pero se tira al piso y golpea, cuando no puede o no sabe manejar el problema.

Un verdadero hombre percibe el mundo en forma real y objetiva, su conocimiento de las cosas es adecuado y se dedica a su trabajo con la responsabilidad necesaria. Está libre de la obsesión de analizarse o deprimirse cuando se observa a sí mismo: se da cuenta de lo que no puede y de lo que sí le queda al alcance. Sin pretender grandezas que superan su capacidad, acalla y modera sus deseos (Salmo 130).

5. LAS LEYES DE LA VIDA PSÍQUICA.

Una personalidad formada exige el equilibrio de los instintos bajo el dominio de la razón, en conformidad con la ley moral. Pero, escribe Zavalloni²⁹, semejante equilibrio no se podrá adquirir más que teniendo en cuenta la triple primacía de las leyes de la vida psíquica.

La primacía de lo total sobre lo parcial. En efecto, el psiquismo es un todo orgánico, compacto y coherente, se desprende que las distintas actividades, así en la inteligencia como en la voluntad han de subordinarse a la finalidad del todo.

La primacía de lo objetivo sobre lo subjetivo. Nuestras facultades se orientan hacia el orden de los valores objetivos. Con sana psicología se logra victoria sobre el yo cuando se cierra de modo egoísta a toda disciplina. Quien se entrega a la verdad y al bien, renunciando a vacías satisfacciones del egoísmo no se agota, sino que participa de la verdad y del bien, donde quiera y como quiera que se manifiesten.

La primacía de la evolución creadora. El hombre como todos los vivientes tiende al desarrollo y crecimiento. Seguir este impulso es seguridad de que hay salud e integridad. Ahora bien, si la persona humana está orientada a lo trascendente, el automatismo de los instintos tendrá que sujetarse a la libertad del espíritu. Un hombre con personalidad madura tiene un espíritu enteramente libre, domina la sensibilidad y el cuerpo. No desprecia a uno ni a otro, pues los dos son bellos y útiles ya que Dios los creó, pero los gobierna y los dirige. El hombre es amo y ellos servidores.³⁰

En todo proceso de formación humana se da una expansión y una nueva consolidación. La expansión es armónica y robustece todas las facultades en provecho propio y a favor de la totalidad. Una personalidad es proporcionalmente madura si son más eficientes sus potencialidades y sus funciones.

El hombre ha tenido un camino de formación más logrado y adecuado cuando más se vea en él estas condiciones: a) toda actividad está ordenada al servicio del espíritu; b) se logra dejar atrás el egoísmo por la entrega generosa a los demás; c) domina el anhelo a perfeccionarse en forma continua.

²⁹ ZAVALLONI R. oberto. *Madurez espiritual*. Nuevo Diccionario de Espiritualidad. Dirigido por Stefano de Fiore. Paulinas. Madrid. 1983. p. 834.

³⁰ QUOIST Michel. *Triunfo*. Lumen. Buenos Aires. 1987. p. 22.

La madurez humana debe entenderse como la plenitud consciente de todas las cualidades físicas, psíquicas y espirituales, bien armonizadas e integradas entre sí.

Por el contrario el estado de inmadurez afectiva proyecta en toda nueva situación los conflictos esenciales no resueltos que determinan el comportamiento humano.³¹

6. LA MADUREZ PSÍQUICA

¿Qué se entiende, entonces, más detalladamente, por madurez psíquica? El hombre maduro, nos responde la Psicología, es el que, lograda interiormente la autonomía goza de la unidad y la plenitud, coordinada y armónica, de todas las fuerzas propias y realidades psíquicas, en particular de la energía afectiva, y que puede utilizar para fines oblativos que él se ha elegido libre y racionalmente, y para establecer auténticas relaciones interpersonales³².

La madurez, por tanto, es unificación y armonización de todas las fuerzas interiores que, por ello, sin conflictos o pérdidas tienden libremente, gozosamente, a los fines elegidos y amados.

La madurez como se ve, es una libertad interior alcanzada y dominio del yo, que ordena y dirige todo, enteramente, como gran señor, por así expresarnos. Es un vivir y operar en profunda comunión con todas las facultades, de modo que cuando el espíritu se mueve, es todo el hombre el que se mueve y quiere.

Tal madurez presupone no solo un profundo conocimiento del yo; conocimiento de los propios recursos y de los propios límites, de los fines para alcanzar y de los medios que ahí conducen; sino también y sobre todo, implica una fundamental honestidad que no se aparta en ningún modo de la verdad y de toda una acción de coordinación, de posibilidades y de superación. De hecho la madurez psíquica se parece mucho a la madurez biológica. El cuerpo físicamente maduro es el cuerpo desarrollado proporcionalmente en todas sus partes, según las propias potencialidades. El hombre

³¹ SZENTMÁRTONI Michel. *Maturità affettiva. Aspetti psico-dinamici. Orientamenti pedagogici*. Roma. 1985. P. 120.

³² FILIPI Salvator. *Maturità umana e celibato*. La Scuola, Brescia. 1970. P. 32.

psíquicamente maduro es un todo completo y armónico, en su ser y en sus funciones, sin disfunciones de realce ni atrofas o hiperatrofas.

Admitimos, como pensamos los creyentes y cristianos, la necesidad de abrirse a Dios y a los valores espirituales y superiores. Podremos definir la madurez refiriéndonos a las tres dimensiones de las que hablaba Luther King: "para que la vida sea completa, debe incluir no sólo la dimensión de la grandeza sino también la de la amplitud y anchura, por la que el individuo se preocupa del bienestar de los otros"³³; porque la responsabilidad de "descubrir la propia misión en la vida, considerada sólo en sí misma, puede llegar a ser egoísta"³⁴; como también se requiere una tercera dimensión que es "empuje hacia lo alto, hacia alguna realidad ciertamente más amplia y grande de la humanidad"³⁵.

7.- LA MADUREZ ES UNA CONQUISTA.

Nos damos cuenta de que la madurez, llamada objetiva, es una meta a la que se debe tender y que solo raramente se alcanza; más importante para fines prácticos es el concepto de madurez subjetiva que corresponde más bien a la conciencia de la propia incompetencia, y al mismo tiempo de las etapas ya conseguidas, y al mismo tiempo unida a la capacidad y al empeño de un continuo crecimiento. Y aquí como se ve, la psicología viene a confirmar nuevamente la ascética. El auténtico cristianismo ha siempre afirmado, sobre todo, a través de la doctrina y el ejemplo de los santos, que a la santidad, y por tanto a la plena madurez del espíritu, se llega con mucha dificultad. Se trata, en efecto, de una conquista, no de un desarrollo espontáneo.

Ni siquiera el desarrollo físico se puede decir espontáneo. Nuestros estados internos poseen una gran estabilidad, no corresponden a un estado de reposo y equilibrio, sino al resultado de la incesante actividad de todo el organismo. Todos los sistemas funcionales convergen para la tranquilidad de los tejidos y el esfuerzo es tanto más grande cuanto más nuestra vida es irregular y violenta.

³³ KING Martin. *La forza di amare*. Torino. 1963. P. 143.

³⁴ Idem p. 140.

³⁵ Idem. P. 147.

El esfuerzo y la conquista, de llevarse adelante, lejos de los automatismos, son más exigentes tratándose del campo psicológico y moral.

Por lo que toca a la madurez, de la que nos ocupamos, notamos que es una conquista, porque es la actuación de aquella tendencia al bien auténtico del propio ser, todo lo contrario de tener carácter pacífico. Fermentos de rebelión y de muerte nos urgen dentro de nosotros; torciéndonos pavorosamente a bienes inmediatos y ficticios. Los atractivos de un mundo sensible, por lo demás bello y maravilloso, en el que estamos colocados por nuestra naturaleza, corren el riesgo de ahogar en todo momento la vida interior, paralizando deseos y propósitos. El hombre se encuentra como disperso y disgregado, por dentro, y debe realizar el bien, como en un coro discordante y ensordecedor de muchos compañeros (inteligencia, voluntad, pasiones, instintos...) reclamando cada uno y de forma inmediata su propia parte de vida y de satisfacción.

Una conquista, por consiguiente, y difícil conquista. Se doman más fácilmente las fuerzas de la naturaleza que las del propio corazón. Se llega más fácilmente a captar el rayo de luz de la última estrella del universo que el fondo del propio ser; se purifica más ágilmente el ambiente natural de sus daños y contaminaciones que el progreso interior de las toxinas de la culpa; el "peso" del propio amor "pondus meum amor meus" dirá San Agustín³⁶, se ha vuelto más grave por un cúmulo de condicionamientos y presiones, es una "tentación" que a menudo quita el respiro.

Es una conquista difícil y jamás concluida: un equilibrio interior y, mucho más una apertura a Dios y a su gracia no se encierran, ciertamente, en una fórmula matemática. Al bien, infinitamente cognoscible y apetecible se puede abrir siempre más, y el equilibrio o el dominio sobre las propias facultades puede, bajo la acción de lo alto, alcanzar cumbres inimaginables. La misma realidad del pecado, que una perfecta madurez arroja definitivamente fuera, se revela misteriosa, abismal y casi indestructible realidad, sobre todo en la obsecante luz de la gracia alcanzada.

Una conquista jamás plena y definitiva, la madurez, tratándose de un equilibrio querido y actuado por la libertad está bajo el surgir de nuevos estímulos y fuerzas, deberá continuamente restablecerlas y quererlas. En el campo moral sobre todo no valen ni privilegios ni depósitos en un banco. Todo

³⁶ SAN AGUSTÍN. *La ciudad de Dios*. Lib. XI. C. 18. PL 41 436

movimiento es un sí renovado, todo momento es una nueva conquista. Los santos no mentían, cuando, en el colmo de su perfección repetían que no habían todavía comenzado.

Y como toda dura conquista, también la de la madurez, además digamos así, de un adecuado equipamiento, exige algunas bien determinadas condiciones.

La madurez puede concretizarse en un contexto de reflexión, de recogimiento y de silencio interior. Es de hecho imposible organizar y armonizar fuerzas y tendencias que no conoces bien; y es casi imposible establecer una comunión con un mundo diverso del propio, sin valorar en algún modo los riesgos y las consecuencias. Dudamos mucho que personas ligeras, vanidosas, con vaguedad siempre en la superficie de las cosas, pueda jamás alcanzar una auténtica madurez. Ésta, decíamos, es unificación, armonía, autodominio, lo contrario es dispersión, disipación y esclavitud.

8. ¿ SE ES HOY MÁS MADURO QUE AYER?

Después de cuanto hemos dicho, podemos ahora también responder al interrogativo: ¿el mundo y en particular los jóvenes son más maduros que ayer? Sin duda, las ciencias, la política, etc. son hoy más que maduras, para soportar todavía indebidas tutelas. Ellas tienen su campo de acción y de búsqueda; tienen sus leyes y sus métodos. Sobre este aspecto, después de tantas precisiones, fe y religión no tienen nada que decir³⁷. En el campo social, han terminado los protectorados y los colonialismos, los paternalismos, etc. Pueblos obligados a sujeción por siglos han dado vuelta a la historia con gran protagonismo de los jóvenes. ¿ Pero esta autonomía política, social y científica, es madurez en el campo psicológico y moral?.

Los medios y las adquisiciones ofrecidas por la civilización moderna, podrían ayudar a lograr una espléndida madurez. Mas esto no sólo ha de ser afirmado sino probado.

Los psicólogos y pedagogos de hoy constatan que al lado de una madurez física anticipada se tiene una madurez psicológica retardada. Los jóvenes aparecen física e intelectualmente bastante

³⁷ G.S. n. 36: "Si por autonomía de las realidades terrenas se quiere decir que las cosas creadas y las comunidades mismas gozan de leyes y valores propios que el hombre gradualmente ha de descubrir, emplear y ordenar, esta exigencia de autonomía es absolutamente legítima".

desarrollados: en el estudio y en el trabajo obtienen óptimos resultados, están llenos de iniciativas y capaces de notables actuaciones; pero al mismo tiempo en su comportamiento manifiestan actitudes casi infantiles, que revelan un sensible retraso a la madurez psicológica, especialmente afectiva. Carecen de reflexión, son fáciles para formular juicios categóricos y definitivos, fáciles a cambiar sin proporcionadas razones; son inestables y volubles, intolerantes de todo freno, mal soportan decisiones de cualquier autoridad; al mismo tiempo inseguros y necesitados de sustento o insatisfechos y deseosos de afecto; tienen temor de la soledad y del silencio; se dedican a las actividades exteriores sin consideración o previsión de lo que va a suceder. Son defectos propios de la juventud de todo tiempo, y no se tiene la impresión que tiendan a desaparecer, sino más bien a acentuarse.

Tales relieves nos parecen objetivos, y los tenemos presentes no por inútiles polémicas, sino para no incurrir en valoración injusta de hombres y realidades, no es raro, el caso de educadores, que de un modo o de otro, ante sujetos absolutamente inmaduros, después de años y años de educación, están tentados de molestarse y de acusar de ineptitud e incompetencia los precedentes educadores.

Como es frecuentísimo el caso de jóvenes que, encontrándose, en caso de necesidad, con más o menos graves lagunas en su preparación, acusan a hombres y sistemas del pasado. No se niega que haya habido defectos o carencias de cualquier género. Queremos sólo subrayar un fenómeno que se repite muy frecuente, en toda época y por muchas personas.

9. LAS DIFICULTADES DE AHORA.

En nuestra civilización existen maravillosos auxilios para la madurez de la persona; no obstante no faltan elementos que la hacen particularmente difícil y laboriosa. Algunos de ellos son los siguientes.

La exagerada permisividad en los sistemas educativos. Concede todo al hombre, especialmente en los periodos más delicados de su formación, en la convicción que, haciendo así él puede responsabilizarse más y adquirir el dominio de sí propio de las personas maduras, nos parece un error fatal. Se parte, de hecho, del presupuesto que en el hombre todo es bueno y ordenado; y que basta ponerlo en su contexto auténtico para que se abra a todos los valores. Se olvida, o no se quiere aceptar la realidad:

que existen en él fuerzas disgregadoras que hacen tan arduo el bien para las cuales siempre es más fácil bajar que subir. Si el hombre al menos inicialmente, no es racionalmente "obligado" por la ley y habituado al esfuerzo este no será jamás espontáneamente afrontado. Eliminar por esto todo esfuerzo de la educación, no es preparar hombres libres, sino esclavos de todas las tendencias y caprichos. El uso equilibrado de la libertad es fruto muy precioso, para que se produzca espontáneamente o como resultado de actos y comportamientos yuxtapuestos.

La hipertrofia de la imagen. La imagen es para el hombre, preciosísimo auxilio de comprensión y de educación. Pero como todos los auxilios y medios, es puesta aparte, o por lo menos redimensionada no apenas se ha pasado al estadio de la primera formación. La continua y sobre todo, exagerada dependencia de la imagen, en especial en el campo moral y espiritual, es un límite del hombre, que Dios mismo se encarga de eliminar en la vida de los santos. Son conocidos los fenómenos de aridez espiritual o de las así llamadas "noches oscuras". No poder hacer nada sin la imagen –pensar lo que representa, para tantos la televisión³⁸, la cinematografía, el teatro, etc. quiere decir no llegar jamás, no llegar sino con extrema dificultad, a la madurez del raciocinio y de la conceptualización. La fobia por la metafísica tiene origen, en mucha parte, también en esto. La imagen, de hecho es un modo típico de liberar al hombre del esfuerzo de la reflexión y de la concentración, fomentando la innata indolencia y pereza.

El hedonismo a como dé lugar. Es decir la búsqueda del placer, no como medio para llegar a los fines queridos de una sabiduría eterna, sino búsqueda del placer por el placer y por tanto el placer buscado y querido con todos los medios y en cualquier tiempo y modo. Hedonismo que a menudo no es más que lujuria, sensualismo, evasión de la vida.

Ahora en una civilización o en una educación, a la que el hombre está persuadido de poder conseguir todo, gozar todo, y de poder llevar todo a sus propios deseos, no se hace obra de educación a la madurez. Se tendrá, como de hecho, se ha tenido, el triunfo de un individualismo exasperado, que es egoísmo y libertinaje, pero no madurez de la persona.

³⁸ "Los padres deberían discutir con sus hijos sobre la televisión, ayudándoles a regular la cantidad y la calidad de los programas, ya juzgar los valores éticos que encierran": JUAN PABLO II. Mensaje: Televisión y familia. Criterios para saber mirar. Osservatore Romano del 24 enero de 1994.

10. LA MADUREZ COMO INTEGRACION DE LA PERSONA.

¿Qué podemos recoger como aportaciones de las distintas escuelas psicológicas?

A modo de síntesis parece conveniente hacer una descripción de qué entendemos por madurez y cuáles son las condiciones necesarias para alcanzarla.

En primer lugar es obligado volver a señalar el carácter dinámico del concepto madurez, que ya no es entendido como un estadio alcanzado en un momento de la vida, la edad adulta, sino como un proceso que se hace presente de forma distinta a lo largo de cada una de sus etapas.

La madurez así es comprendida como el equilibrio alcanzado en cada momento de la existencia entre las distintas dimensiones de la personalidad conscientes e inconscientes, afectivas, racionales, volitivas y sociales, equilibrio siempre provisional e inestable.

Este equilibrio no se efectúa únicamente entre las distintas dimensiones de la personalidad sino que se genera un diálogo y la comunicación con los otros. Asumiendo adecuadamente los distintos papeles y roles que la persona se encuentra llamada a desempeñar, en la superación de los retos que el ambiente y la sociedad le provocan y a los que tiene que dar respuesta.

Estos retos sociales no son iguales en cada una de las edades de la vida sino que existe una progresión debida en parte a las capacidades de la edad y de otra al contexto social en el que el sujeto se ve envuelto, clase social, cultura, etc.

El logro del equilibrio y de la madurez tiene que ver no solo con la autoestima que se va consolidando en el sujeto a lo largo de su vida sino con la visión que éste tiene del mundo y de la sociedad que le rodea o lo que es lo mismo el logro de una madurez está íntimamente emparentado con la salud psicológica

Finalmente, el logro de la madurez en cada una de las etapas tiene también un carácter dinámico al ser motor de crecimiento y cambio en la personalidad del sujeto que se ve impulsado desde lo que en cada momento es, a un proceso de crecimiento y enriquecimiento personal que le permitirá enfrentar adecuadamente los retos que la vida le depare.

CAPÍTULO 4

CAMPOS DE LA MADUREZ

Psicólogos y maestros tienen un compromiso común de apoyar el crecimiento de las personas hacia su plena madurez humana.

1. LA MADUREZ HUMANA EN LA EDUCACIÓN

La educación del hombre tiende a hacer que el sujeto "crezca" en las varias dimensiones primarias (educación física, intelectual, moral, social y religiosa) y derivadas (educación artística, vocacional, en el sentido de educación profesional y en el de educación para un determinado papel social), pero de manera que todo el complejo de la obra educativa esté coordinado con el conjunto unitario de la personalidad bi-social de cada sujeto, en su peculiar y específica individualidad.

Lo que hace que un hombre esté verdaderamente formado es el querer libre, consciente y responsablemente el bien, con toda su personalidad psicológica y espiritual. Esta madurez humana la presenta el Concilio Vaticano II como el fin de la educación; en ella tienen inalienable derecho a ser formados todos los hombres.³⁹ Con mayor razón deben formarse así los alumnos de los seminarios, puesto que Dios llama al hombre real, y si no existe el hombre tampoco existirá el llamado. Por medio de una educación sabiamente organizada, "hay que cultivar también en los alumnos la necesaria madurez, cuyas principales manifestaciones son la estabilidad de espíritu, la capacidad para tener prudentes decisiones y la rectitud en el modo de juzgar sobre los acontecimientos y los hombres".⁴⁰

La formación debe permitir al aspirante al sacerdocio desarrollarse humanamente de manera que la orientación religiosa no sistematice al hombre, sino que lo penetre y lo purifique lentamente.

³⁹ Cfr. Conc. Vat. II. Decl. Gravissimum Educationis n. 1

⁴⁰ Cfr. Conc. Vat. II. Decr. Optatam totius. n. 11.

2. LA MADUREZ AFECTIVA DEL HOMBRE.

Se trata de la capacidad del individuo para dar afecto y recibirlo de otras personas significativas en su vida.

2.1 El problema de la madurez afectiva

Una integración afectiva tal que permita a la persona adulta vivir en paz dando a la propia vida un valor reconocido por otros.

Bernard se pregunta: ¿Cuáles son los elementos principales de la madurez afectiva?⁴¹ En primer lugar la toma de conciencia sea del campo afectivo sea de las motivaciones que influyen sobre nuestro comportamiento. Es necesario resaltar que esta toma de conciencia es progresiva: el campo afectivo se descubre al tiempo que crece la persona, así como las motivaciones inconscientes se manifiestan a través de comportamientos difíciles y hasta inadaptados que requieren una interpretación.

En segundo lugar, la aceptación de nuestra condición encarnada e histórica: debemos aceptar nuestra personalidad con sus límites y condicionamientos, también si la conciencia ética puede legítimamente reprimir las manifestaciones más intensas o menos aceptadas por el ambiente social. Aceptar no es pactar con otros actos pecaminosos de los que la afectividad puede ser la fuente; se trata simplemente de conocer el terreno concreto de la actividad ética, la cual queda como manifestación de la libertad profunda y del corazón de la persona.

En fin, la integración de los diversos niveles afectivos. En nuestra naturaleza histórica, estos diversos niveles tienden a manifestarse por cuenta propia. Toda disciplina personal, se esfuerza en reducir la afectividad psico-orgánica bajo el dominio de la razón y de los valores superiores. Esto se verifica, cuando los movimientos de las pasiones, malos y exagerados, se purifican y controlan y, si buenos, contribuyen a la realización de finalidades superiores. Las necesidades primarias de valoración, de seguridad se integran con las tendencias sociales altruistas.

⁴¹ BERNARD Charles. *Teologia Spirituale*, Paoline. Roma. 1983. P. 219.

Se puede hablar de madurez afectiva no cuando se suprime toda tensión, sino cuando las tensiones se resuelvan en la unidad personal y se integren en el proyecto de vida. En la práctica, tres signos bastan para juzgar si una persona tiene una buena madurez afectiva: la capacidad de cumplir el propio deber; la existencia de relaciones interpersonales buena, aunque no sean perfectas; la capacidad de tomar decisiones sin muchas demoras y en la paz.

Insistimos un poco en el hecho de que la madurez afectiva no es casi nunca perfecta y además esto no es necesario, basta que sea buena. Notemos también que la integración al grupo no es el único signo de la madurez afectiva; ésta de hecho puede proceder de un temperamento sumiso que no tiene una verdadera capacidad de tomar decisiones.

2. 2 Hacia la madurez afectiva

La madurez afectiva se construye en el proceso siempre creciente de los varios aspectos de la persona. Esta integración la vemos en tres perspectivas. Para la madurez afectiva es necesario que cada uno esté en grado de enlazar en una visión de su vida su pasado con su presente que se proyecta hacia el futuro.

El pasado. La persona madura hace de su pasado y de todo aquello que su pasado incluye, una parte integrante de su personalidad. Esta afirmación significa: tener confianza en sí mismo, o sea, darse cuenta de los conflictos subconscientes de las tareas del desarrollo no resueltos; servirse de la propia valoración racional para controlar los deseos emocionales y si es necesario corregirlos.

La toma de conciencia de la propia situación. El hombre se puede dar cuenta de esta situación. Es posible reconocer los propios contenidos subconscientes a través de exámenes de conciencia, (no preguntarse qué cosa, sino por qué, el examen de los motivos), los ejercicios espirituales y en otras ocasiones. A menudo sin embargo, el hombre no está en grado de reconocer su estado interior y por eso tiene necesidad de ayuda.

El control. Es el segundo elemento de la integración del pasado. Esencialmente el niño se distingue del adulto porque no está en grado de controlar sus sentimientos: del estado de gran rabia pasa improvisadamente al estado de grande gozo. Reacciones semejantes podemos notar en personas emocionalmente inmaduras. Para adquirir el control, es necesario que el hombre sea consciente de sus sentimientos, de sus estados emocionales. El dominio de sí no está en no admitir los propios sentimientos o emociones, sino en percibirlos y reconocerlos, en darles un nombre propio y aceptarlos, es decir, identificarse con ellos y enseguida racionalmente controlar la propia reacción. Este control activo no es innato, sino es necesario ejercitarlo. El hombre es el ser que se conquista a sí mismo a través de su historia individual. Este es el sentido de la educación y autoeducación.

El presente. La integración del presente tiene muchos aspectos. Parece que para nuestro tema el aspecto más importante lo represente la interacción social. Respecto a la madurez de la interacción podemos distinguir tres grados: la complacencia, la identificación, la interiorización.

La complacencia. Es el nivel más bajo. El hombre acepta el influjo externo, los comportamientos, las ideas, las tomas de posición solo para poder adquirir reconocimiento, aprecio o disfrutar la ventaja que se deriva. Tal comportamiento o actitud es evidente solamente si la persona singular piensa ser vista por la autoridad. La complacencia es un normal proceso de socialización del niño pequeño que acepta las normas del comportamiento por la autoridad de los padres (como habíamos explicado cuando hablamos de la satelización) para poder asegurar su amor. Pero la complacencia del hombre adulto es una reacción infantil hacia el ambiente y como tal es de costumbre defensiva.

La idea de identificación es el segundo modo de aceptación de un influjo externo. Un determinado comportamiento, un punto de vista o cualquier valor se aceptan porque la autoridad ejerce un rol deseable e identificándose con él el individuo imita sus modos de hacer, o acepta el valor ofrecido porque la autoridad tiene alguna cualidad que él desea. La identificación se presenta así como única vía para poseer las mismas cualidades. La diferencia entre la complacencia y la identificación consiste en el hecho que el sujeto que se identifica cree en el contenido del valor aceptado o del comportamiento y actúa aunque la autoridad está ausente. La identificación es la forma característica del adolescente. El joven busca los ideales en hombres concretos. Muchas vocaciones sacerdotales

nacen de la identificación de modelos conocidos. Pero si se permanece en este nivel no se puede hablar de vocación auténtica. Estos se deben apropiarse del valor al nivel de la interiorización, o sea la identificación debe convertirse en interiorización.

La interiorización. Significa aceptación de un valor, de un comportamiento, de una posición del influjo exterior a causa del valor intrínseco de este influjo. En otras palabras el valor se acepta porque se retiene que está en armonía con la jerarquía de valores ya existentes del individuo. Esto significa enriquecimiento del individuo, se acepta por su contenido y no por eventual función o porque alguno lo ofrece. En cierto modo llega a ser el factor esencial de la personalidad. La integración es posible sólo a este nivel. La interiorización por tanto quiere decir, aceptación selectiva de los influjos externos. Tal vez a primera vista no queda clara la conexión de todo esto con la madurez afectiva. El ligamen será claro si tenemos presente lo que habíamos dicho sobre el objeto del sentimiento. El sentimiento se puede controlar en dos modos: tomando en consideración eventuales distorsiones llevadas por la memoria afectiva podemos denominarlo el control del pasado, o si controla la fuente, el objeto del sentimiento –y se puede hablar ahora del control del presente. De Fiores señala: "Santa Teresa de Ávila al presentar el itinerario espiritual del cristiano se aparta del diseño cosmológico de su tiempo y propone un camino de interiorización hasta el centro del alma donde se encuentra Dios; así responde a la urgencia que el individuo sentía, en una sociedad intradeterminada de encontrarse a sí mismo".⁴²

El futuro. El hombre en su esencialidad es el ser encaminado hacia el futuro. Un entero movimiento de la psicología actual se esfuerza en corregir el error del nuevo humanismo psicológico de tipo rogeriano y de Goldstein, los cuales han proclamado la autorrealización como única y principal tarea de la vida humana. La crítica más clara ha sido la de Frankl y de la escuela de logoterapia que afirma que la tarea humana del hombre no es la autorrealización sino la autotranscendencia.

La inclinación y la orientación del hombre hacia el futuro se revelan en el hecho que él tiene valores e ideales que desea realizar y por las cuales vive. Sabe lo que quiere y quiere lo que sabe. No es una persona que dependiente de su pasado, o sea de sus motivaciones infantiles y tampoco esclavo del momento presente, es decir, de la motivación narcisista, no vive para sí y en sí, sino está proyectado

⁴² DE FIORES Stefano. Espiritualidad contemporánea. Paulinas. Madrid. 1983. P. 461

hacia el futuro. Esta dirección hacia la meta es la fuerza que enlaza e integra pasado y presente en una proyección vital de la concreta vocación. Algunos la llaman leit motiv, otros ideal, otros también el significado de la vida, la filosofía de la vida, weltanschawng.

La madurez debe ser alcanzada en todos sus aspectos; comprendido, naturalmente y sobre todo, el afectivo. El papel de la afectividad, en efecto, está considerado como elemento fundamental en la formación de la personalidad, porque concurre de forma especial a su integración explicando la relación afectiva y sexual con los demás, realizándose responsablemente en un trabajo o en una profesión, cultivando relaciones sociales amistosas. La afectividad está considerada como un requisito indispensable para el "optimum" del funcionamiento de la personalidad.

Considerada como aspecto de la vida psíquica, la afectividad puede entenderse de diversas maneras; como conjunto de reacciones interiores y exteriores a la exigencia de satisfacción, como capacidad de experimentar sentimientos y emociones; como capacidad de amar o como posibilidad de establecer relaciones interpersonales.

Una personalidad bien integrada sabe hacer prevalecer la naturaleza racional del hombre sobre la naturaleza impulsiva; al contrario, cuanto menos integrada esté una persona, tanto mayor será la fuerza impulsiva que predomine sobre la fuerza racional. Por esto una educación que quiera favorecer en el educando el desarrollo íntegro de la personalidad debe hacerle adquirir ante todo la capacidad de equilibrio emocional.

Íntimamente unido con el factor emocional está el problema de la adaptación, que consiste en afrontar serenamente los propios problemas, adquirir responsabilidades de los mismos y elaborar las soluciones para las dificultades presentadas. La inadaptación, en cambio, lleva consigo el predominio de la emotividad negativa, de factores adversos, de dependencia, de inadaptación social y, al mismo tiempo, el predominio de problemas no resueltos.

3. MADUREZ SEXUAL DEL HOMBRE

En relación con la afectividad es importante la dimensión sexual del hombre. Afectividad y sexualidad tienen interdependencia en la integración de la personalidad. El instinto sexual se siente inclinado en algunas personas hacia el narcisismo y la homosexualidad: formas de inmadurez.

A este propósito nos ilumina la reflexión de Wojtyła⁴³ : "En el hombre y la mujer la tendencia sexual no se limita a sola la inclinación hacia las particularidades psicofisiológicas del sexo contrario. En efecto, éstas no existen y no pueden existir en absoluto, sino en su ser concreto, en una mujer o en un hombre. La tendencia sexual, por lo tanto, está en el hombre siempre naturalmente dirigida hacia un ser humano. Esta es su fuerza normal. Cuando no se dirige más que hacia las características sexuales, se la ha de considerar como rebajada, o incluso desviada. Cuando se orienta hacia las de una persona del mismo sexo, se deprava en homosexualismo. Todavía es más anormal cuando se orienta hacia los signos sexuales no del hombre, sino de un animal. La tendencia sexual normal va encauzada hacia una persona de sexo contrario, y no precisamente hacia el sexo contrario mismo. Y, precisamente cuando se dirige hacia una persona, constituye en cierta manera el terreno y el fundamento del amor".

Respecto a la afectividad adquiere singular relieve la "dimensión sexual". Si bien es cierto que se la considera de varias maneras, no se puede negar el estrecho vínculo entre la afectividad y sexualidad, y su interdependencia en la integración de la personalidad. Para poder hablar de persona madura, el instinto sexual debe superar dos típicas formas de inmadurez: el narcisismo y la homosexualidad, y alcanzar la heterosexualidad. Esta es la primera fase del desarrollo sexual; pero es necesaria también una segunda fase: el amor debe ser una donación y no el buscarse a sí mismo.

La consecuencia de semejante desarrollo es una conducta sexual a nivel propiamente "humano", por el cual el sujeto se comprende y comporta de una manera distinta y elevada, y adquiere otro concepto de sí.

La sexualidad debe considerarse como un factor determinante de la madurez de la personalidad. La madurez sexual representa una etapa necesaria para alcanzar un nivel psicológicamente adulto. De

⁴³ WOJTYLA Karol. Amor y responsabilidad. Razón y fe. Madrid. 1969. P. 47.

aquí la necesidad de un justo planteamiento de la sexualidad en el acuerdo total de la personalidad en formación.

Una sexualidad madura, con las características aludidas, no podrá ser alcanzada sin esfuerzos, renuncias o dificultades. El sujeto, en vía de madurez, debe luchar siempre, porque en cada momento tendrá que elegir entre la satisfacción de ciertas tendencias, a menudo contrapuestas entre sí.

El problema más difícil es el de valorar adecuadamente la sexualidad integrada. Se trata de considerar la sexualidad como valor humano, y no como algo negativo que frustra el desarrollo de la persona. El valor intrínseco de la sexualidad debe ser entendido y aceptado en su justo lugar en la escala de valores, un lugar importante como "valor de expresión" y como "factor integrador".

La sexualidad madura comporta no sólo la aceptación del valor sexual integrado en el conjunto de valores, sino también la potencialidad "oblativa", es decir la capacidad de donación, de amor altruista. Cuando esta capacidad se realiza en la medida adecuada, la persona se hace idónea para establecer un contacto espontáneo, para dominarse emocionalmente y comprometerse con seriedad. El aspecto oblativo de la sexualidad comporta el sentimiento de "ser el uno para el otro". La oblación no está, pues, disociada de la recepción: la sexualidad comparte el sentido de "ser el uno para el otro". Eso, exige la capacidad tanto de dar como de recibir y la disposición a aceptar el amor que se le ofrece, en una actitud de total correspondencia.

4. EL AUTOCONTROL PERFECTIVO DEL HOMBRE.

Para que una persona pueda utilizar plenamente sus capacidades, debe ser capaz de autocontrol. Lo que debe ser controlado es el continuo cambio que se realiza en cada persona y que toma la forma de deseos, impulsos, pensamientos y hábitos. En este sentido, autocontrol significa autodisciplina, es decir, ordenar la actividad mental y la conducta de manera que proporcione alegría, felicidad y bienestar al sujeto.

La estructura dinámica de la personalidad se distingue por las luchas y tensiones interiores. La personalidad alcanza su madurez a través de la gradual y progresiva unificación de fuerzas

contrastantes. Entre los ideales de una persona y sus tendencias existe un conflicto; y es entonces cuando es necesario el autocontrol si se quiere asegurar la estabilidad, la adaptación y el éxito.

El autocontrol no significa actitud estática o estancamiento anodino en el comportamiento personal y social. Se advierte en el psiquismo humano un impulso a una cierta superación de sí mismo, una fuerza que tiende a superar, mediante una intervención consciente y un esfuerzo personal, el puro desarrollo espontáneo o el proceso biológico del crecimiento. El hombre no sólo crece y se desarrolla, sino que, al ser consciente y libre, progresa. Tal fuerza interior, generadora de progreso, no es más que la puesta en acción de las potencialidades siempre nuevas en el hombre.

El proceso integrador de la personalidad se realiza por el repetido consentimiento en satisfacer unas tendencias y por la no satisfacción de otras. En otras palabras, se canalizan las tendencias y las potencialidades activas del individuo. En el mismo dinamismo del hombre está implícito un "ejercicio ascético", pero de carácter eminentemente positivo.

5. UNA ADVERTENCIA Y UNA INVITACIÓN

Sin duda la madurez es una realidad muy importante para que el hombre la renuncie, o se haga un ídolo sin alma. Ser maduro equivale a ser hombre, en el sentido más pleno y más bello de la palabra. Pero esta excelsa meta es comprendida en verdad, y buscada con paciencia y humildad con el sudor de la frente, como sucede al campesino que pide el fruto a la tierra a la cual ha confiado su semilla. Es necesario convencerse que, también en este delicado argumento, para subir en alto en la construcción del propio edificio, es necesario bajar a las entrañas de la tierra, para enriquecerse es necesario temporalmente saber perder, y para llegar a dominar, es necesario aprender a servir. ¿No es esta la infalible receta de los santos, los hombres verdaderamente hombres de este nuestro estupendo y al mismo tiempo pobre mundo?.

PARTE II

SEMILLAS DE LA MADUREZ ESPIRITUAL

CAPÍTULO 1

LA SITUACIÓN ACTUAL

La religión puede considerarse en su aspecto objetivo y subjetivo. Objetivamente es el conjunto de verdades y deberes que se desprenden de la dependencia esencial que tenemos los hombres con Dios. Pero subjetivamente considerada tiene aspectos psicológicos y éticos. Solo no fijaremos en los primeros. En efecto, en el aspecto psicológico, nos referimos al conjunto de fenómenos intelectuales, voluntarios y emotivos por medio de los cuales el hombre responde a las exigencias de la religión objetivamente considerada, aceptando su dependencia trascendental con Dios con las consecuencias provenientes de ella.

Nuestro interés principal son los actos internos, en vista de que cualquier manifestación externa no tiene valor específicamente religioso, sino en virtud del acto interno que la anima. En efecto la tendencia interior de la voluntad diversifica el acto externo de una genuflexión como manifestación religiosa o como ejercicio gimnástico, de una peregrinación o un paseo.

1.- DESPERTAR ESPIRITUAL DE NUESTRO TIEMPO

Las palabras espiritualidad y santidad tienen resonancias psicológicas en nuestros días para conocer la importancia que pueda o no tener la espiritualidad.

El concepto de espiritualidad parece reducirse a los que han consagrado su vida a Dios o vivir un compromiso fuerte de servicio. La palabra santidad causa una especie de bloqueo psicológico. Existen hombres y mujeres de extraordinaria vida heroica, gigantes en la penitencia o en la doctrina, en los milagros y los estados de oración tan elevados. Con razón el Concilio Vaticano II ha vuelto a poner las cosas en su lugar y a llevar a cabo un llamamiento a la santidad de todos los cristianos: "Todos los

fieles de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud cristiana y a la perfección de la caridad." Es una clara afirmación del Concilio Vaticano II.⁴⁴

Se dan a veces reacciones de alergia, hastío o indiferencia, y también de apatía. Pueden deberse a un rechazo de algunas formas de espiritualidad del pasado que ahora son inadecuadas para la vida de nuestro tiempo.

Ahora bien, algunos filósofos o psicólogos hacían sombrías previsiones del fin de la religión. Entre los cuales podemos recordar a los ateos y filósofos que consideran la religión como alienación y opio del pueblo. "Ha muerto Dios, dice Nietzsche" escribió un estudiante en el pizarrón del salón de su escuela. Pero debajo de esa frase otro estudiante escribió: "Ha muerto Nietzsche, dice Dios".⁴⁵

No obstante vemos en nuestros días una gran variedad de movimientos espirituales con gran vitalidad. Los movimientos actuales de espiritualidad, a veces de seculares sin gran ayuda del clero, buscan la glorificación de Dios y la conversión de los del grupo.

Se originó una obsesión por la espiritualidad de Asia, unos movimientos acertados, otros no tanto. Hoy parece que más número de fieles viven orientación hacia los grandes santos cristianos como Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Torello nos indica que "estos santos nos enseñan que los fenómenos extraordinarios de la vida espiritual –visión, éxtasis y cosas semejantes- son muy diversos en los verdaderos y en los falsos místicos, porque en los segundos domina el aspecto sensible y angustioso y en los primeros el aspecto espiritual y pacífico; en unos una vanidad mal encubierta y en otros una profunda humildad".⁴⁶

El interés espiritual es fruto de la búsqueda de profundas exigencias de autenticidad, de dimensión religiosa, de interioridad y libertad, que no llena la sociedad que se dedica a favorecer el consumismo.

El vicio de consumir se convierte en necesidad de hacerlo. Los locales, los vendedores, las ofertas, la decoración y la amplia variedad de mercancía maravillan al hombre y lo deslumbran si no está bien preparado. Criterios paganos de este problema vienen a ser: el criterio de la productividad como

⁴⁴ Conc. Vat. II. L.G. 40.

⁴⁵ Muchos teólogos y escritores de espiritualidad señalan el fenómeno del "eclipse de Dios" (M. Buber), de la "falta de Dios" (M. Heidegger), de la "muerte de Dios" (Altizer); del "ocultamiento de Dios" (Sudbrack), o de su "lejanía" (Rahner), "He dado vueltas por el cielo, pero no he encontrado a Dios" (Gagarin).

⁴⁶ TORELLO José. B. Psicoanálisis y confesión. Rialp. Madrid. 1963. P. 150,

parámetro de valor, las personas son masificadas y manipuladas. En fábricas se da el trabajo autómatas de las cadenas. Los hospitales tienen sus horarios y los números de los expedientes que despersonalizan al sujeto. En las grandes ciudades se vive una despersonalización, a veces ni el nombre de los vecinos conocen. Si bien la guerra fría terminó, hay todavía las armas capaces de acabar con la tierra. Los sentimientos se atrofian y la contaminación invade los ecosistemas y la polución ecológica crece.

A este respecto encontramos que el hombre de hoy rompe la coraza represiva que le impone la sociedad, blandiendo las aspiraciones más radicalmente inciertas en su ser; da razón a Bergson y escucha su llamamiento sobre la necesidad de ofrecer al mundo moderno un "suplemento del alma" que permita al hombre evitar ser aplastado por sus producciones y encontrarse a sí mismo auténticamente.⁴⁷

2. RECURSO A LAS FUERZAS OCULTAS

Adquieren presencia en nuestro tiempo la magia y la astrología. Los medios de comunicación propagan la predicción de horóscopos, tanto la televisión y la radio como los periódicos y las revistas. La gente consulta a los brujos y adivinos, a los curanderos⁴⁸. No solo los libros o revistas tratan los temas del ocultismo sino que se encuentran a veces en los folletos que fomentan una mal encauzada religiosidad que se desvía hacia la superstición. Los magos llevaron a cabo una reunión de profesionales de estas disciplinas en Bogotá, en el año 1975 para celebrar el primer congreso internacional.

Acudir a la magia en los pueblos más antiguos o en sociedades tradicionales constituye una válvula de seguridad y un medio de liberación psicológica frente a fuerzas negativas hostiles, la nueva magia pretende una búsqueda de valores ya pasados que suplen los valores actuales fracasados para solucionar problemas individuales correspondientes. Es un indicador del estado de crisis de la cultura y la sociedad que han dejado al individuo en aislamiento, desprotección y frustración.

⁴⁷ DE FIORES Stefano. Espiritualidad contemporánea. Nuevo Diccionario de Espiritualidad. Paulinas. Madrid. P. 451.

⁴⁸ DE FIORES Stefano. Idem. P. 455.

No se puede desconocer el valor religioso en los que acuden a estos medios. Equivale a una rebeldía ante una sociedad demasiado racional, tecnológica y burocrática. Asimismo todas estas actividades de la magia y adivinación hace ver la necesidad de penetrar en el misterio del cosmos. A pesar del progreso de la ciencia y tecnología, de la informática o cibernética, de las conquistas del espacio, todavía se busca la solución de problemas personales y más todavía, "el enigma de la vida y de la muerte"⁴⁹.

3. LA MEDITACIÓN EN EL ORIENTE

Desde hace años han proliferado en el mundo occidental las formas de espiritualidad asiáticas. El interés ha crecido por la presencia de maestros hindúes y budistas que han mostrado antiguas prácticas de concentración físico mental, importantes enseñanzas espirituales, como la no violencia y la fuerza del alma. El Catecismo nos habla del hinduismo como de "un fruto que se fue formando lentamente de la experiencia humana. Un sondeo incansable de las propias profundidades, meditación no interrumpida, solicitud extrema para que nada se pierda de la riqueza de la experiencia"⁵⁰.

Programas de televisión y películas- como la del Gandhi han favorecido el entusiasmo por estas disciplinas.⁵¹

Por un lado están las ventajas positivas y liberadoras de esta sabiduría oriental. Por otro lado, se trata de un culto privado que no llega a convertirse en energía espiritual que afecte a la sociedad.

Ahora bien, hacen estos movimientos una denuncia de falsos valores occidentales y favorecen una moral más auténtica.

El contacto siempre más frecuente con otras religiones y con sus diferentes estilos y métodos de oración ha llevado a que muchos, en los últimos decenios, se interroguen sobre el valor que puedan

⁴⁹ Conc. Vat. II. L.G. 18.

⁵⁰ Nuevo Catecismo para adultos. Herder. Barcelona. 1969. P. 31.

⁵¹ Columbia Pictures.

tener para un cristiano formas de meditación no cristianas. La pregunta se refiere sobre todo a los métodos orientales.⁵²

Actualmente algunos recurren a tales métodos por motivos terapéuticos: la inquietud espiritual de una vida sometida al ritmo sofocante de la sociedad tecnológicamente avanzada, impulsa también a un cierto número de cristianos a buscar en ellos el camino de la calma interior y del equilibrio psíquico.⁵³

La experiencia humana nos convence de la importancia de la posición y la actitud del cuerpo para influir en el recogimiento y la disposición del espíritu. Esto lo encontramos en maestros espirituales tanto del Oriente como del Occidente.

Por lo demás, no todos son igualmente idóneos para captar el simbolismo psicofísico para la oración. De hecho, pueden convertirse en ídolo y, como consecuencia, en obstáculo para elevar el espíritu a Dios.

Hay que estar muy atento porque "algunos ejercicios físicos producen automáticamente sensaciones de quietud y distensión, sentimientos gratificantes y, quizá, hasta fenómenos de luz y calor similares a un bienestar espiritual. Atribuirles significados simbólicos típicos de la experiencia mística, cuando la actitud moral del interesado no se corresponde con ella, representaría una especie de esquizofrenia mental que puede conducir incluso a disturbios psíquicos y, en ocasiones, a aberraciones morales".⁵⁴

El hombre no puede ejercitar ninguna actividad, aún en el orden espiritual, sin que participe en alguna manera todo su organismo. La experiencia enseña que ni la voluntad ni el entendimiento, pueden perseverar a lo largo de la vida en su actividad religiosa si no se expansionan en actos externos de las diversas facultades corporales y no se les sostiene y alimenta mediante diversos actos afectivos y sensitivos. Es imposible de hecho, que quien se abstenga deliberadamente de todo acto de culto, oración, sacrificio, etc. conserve una actividad religiosa en su sentido formal.

A este respecto encontramos en Crouchon: " la misma relación terapéutica se parece a la que se instaura entre el médico y el paciente. El verdadero médico que no se contenta con ejercer una técnica

⁵² Con la expresión métodos orientales se entiende métodos inspirados en el Hinduísmo y el Budismo, como el Zen, la "meditación trascendental" o el "yoga".

⁵³ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana. Paulinas. México. 1990. p. 6.

⁵⁴ Congregación para la doctrina de la fe o.c. p. 26.

fría y anónima busca establecer un contacto humano y personal con el paciente; porque sabe muy bien que el conocimiento del paciente ayuda al conocimiento de la enfermedad, al facilitar algunas confidencias íntimas. Y sabe también que si lo físico influye en lo moral, como se dice, lo moral influye en la salud psíquica".⁵⁵

4. LÍNEAS DISTINTIVAS DE LA ESPIRITUALIDAD DE HOY

Desde el punto de vista antropológico la espiritualidad la tienen solamente personas auténticas que en relación con lo real y la historia, han llevado a cabo una elección axiológica decisiva, fundamental y unificante, capaz de darle sentido a su existencia.

Un problema interior señala que los elementos presentes en el hombre, espíritu y carne, no están bien coordinados. Tres realidades constituyen al hombre perfecto: la carne, el alma y el Espíritu. Una de estas tres es la que salva y educa, el Espíritu, otra es salvada y formada, o sea, la carne. Otra, por fin, se encuentra entre estas dos, es el alma que a veces obedece al Espíritu y se eleva en vuelo, gracias a Él, y a veces se dejar seducir por la carne y fracasa en las concupiscencias terrenas.

Se es santo y perfecto en la medida en que uno se uniforme y se une a Dios, en la medida en que se hace espíritu (Jn 4, 24). La Biblia nos presenta la adhesión a Dios hasta hacerse un espíritu con él con lenguaje variado: Israel es espiritual y santo porque vive en la alianza con Yahvé (Éx. 19, 5). Los cristianos son santos porque desde su bautismo son "templo del Espíritu Santo" (1 Cor 3 16), "son familiares de Dios" (Ef 2 19), "quien se une al Señor es un solo espíritu con Él" (1 Cor 6, 17).

El alma si está unida a Dios forma con él un solo espíritu se capacita para vivir la misma vida divina. Esta vida divina se conoce como caridad, "y quien permanece en la caridad o en el amor permanece en Dios" (Jn 4 16).

Goffi se pregunta: "¿Cómo obra el Espíritu en el alma? Le confiere hábitos espirituales, impregnando todas las dimensiones conscientes e inconscientes, instintivas y volitivas, racionales y afectivas; la hace obrar como por impulsos interiores profundos, que la adaptan y la hacen dócil a las inspiraciones

⁵⁵ CROUCHON George. *Le prete conseiller et psychologue*. Salvator. Paris. 1971. P. 123.

divinas. El espíritu se hace presente en la medida en que el ser humano permite que actúe en su intimidad o que aflore desde su profundidad a modo de instinto interior necesario".⁵⁶

El deber de la ascesis estriba en permitir al Paráclito que se exprese con riqueza de iniciativas y de gracias a través de todas las facultades de la personalidad de cada uno.

Si hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, esta imagen se explícita por medio de la actividad cognoscitiva y afectiva del hombre: "amémonos los unos a los otros, porque el amor es de Dios (1 Jn 4, 7). Donde hay caridad y amor ahí está Dios."⁵⁷

Este conocer a Dios es dejarse conocer por él (Gál 4, 8s); conocer es penetrar en el proyecto de amor de Jesús; conocerse es abandonarse al Señor, dejando que nos transforme; conocer en cuanto se permanece en contemplación de Dios. Conocer como conversión, renovación personal, uniformando nuestra mente con el conocimiento de él en su Espíritu y según su Espíritu (Ef 3 16).

⁵⁶ Goffi Tullo. Hombre espiritual. Nuevo Diccionario de Espiritualidad. Paulinas. Madrid. 1983. p. 647.

⁵⁷ Conferencia Episcopal mexicana. Misal Romano. Jueves santo. Antífona. Buena Prensa. México. P. 231.

CAPÍTULO 2

EL PASO A LA MADUREZ CRISTIANA

Enseguida podemos reflexionar en diversos aspectos de la vida espiritual, entendida como el estudio de la vida espiritual en sus condiciones psicológicas.

1. LA DIMENSIÓN CRISTIANA EN LA EDUCACIÓN.

La educación cristiana – a la que tiene derecho el cristiano, hijo de Dios por el bautismo- debe tender a ayudar a la persona a madurarse a sí misma no sólo en sentido humano, sin principalmente en sentido cristiano. La madurez cristiana se obtiene con el gradual crecimiento en la fe, en la adoración de Dios como Padre, especialmente con la participación en la vida litúrgica, con el crecimiento en la perfección en Cristo, concurriendo al incremento de su cuerpo místico.

El cristiano, aunque ya vive en Cristo, no se siente jamás suficientemente transformado en su espíritu; debe ir perfeccionando ulteriormente la creación-redención en sí mismo, en los demás hombres y en la realidad terrestre. Sin embargo, suele afirmarse que es posible constatar la presencia de una madurez cristiana.

2. LA MADUREZ AFECTIVA DEL CRISTIANO

La maduración afectiva recibe gran ayuda de la educación cristiana. En efecto, respecto a los condicionamientos de la afectividad, han de considerarse no sólo los factores naturales, sino también las repercusiones afectivas del hombre de estar inserto, por el bautismo, en la vida de Cristo, de estar bajo la moción de los dones del Espíritu y de vivir a la escucha de la palabra del Señor.

El cristiano vive en la Iglesia, que es esencialmente fraternidad y caridad, "una comunión de vida, de caridad y de verdad";⁵⁸ por consiguiente, estando inserto en la sociedad abierta de la Iglesia, en ella encuentra las mayores aperturas del amor en unión con Dios y con los hermanos.

Viviendo en unión con Dios y con el prójimo, el cristiano hallará paz y seguridad duraderas a pesar de posibles turbaciones originadas por las dificultades de las pasiones. En efecto, la vida cristiana no destruye las reacciones espontáneas de la naturaleza frente al peligro, ni las anomalías psíquicas adquiridas en la infancia o provenientes de una educación religiosa equivocada o mal integrada.

A propósito de esto, conviene observar cómo la pedagogía cristiana puede ayudar en gran manera al sujeto a la aceptación positiva de la propia realidad íntima, con su conjunto de elementos, potencialidades, lagunas e imposibilidades. La aceptación de sí mismo es un elemento esencial para el proceso de maduración personal a todos los niveles; en cambio, cuando no se opera positivamente esta aceptación, tienen lugar los fenómenos de regresión, que, con frecuencia, desembocan en comportamientos anormales por razón de la ley de compensación.

3. LA MADUREZ SEXUAL DEL CRISTIANO.

La pedagogía cristiana tiene una visión y valoración de la sexualidad en consonancia con la Revelación divina. Considera la sexualidad como obra de Dios, como realidad que no se agota en el cuerpo, sino que invade al ser humano en su totalidad; una realidad que tiene un papel determinante en la maduración del hombre, desde la personalidad física hasta la personalidad moral y, por eso mismo, en el desarrollo de la semejanza con Dios; una realidad que se actualiza en un contacto personal. Precisamente por este mutuo contacto de persona a persona, la relación sexual humana se diferencia fundamentalmente de la unión animal.

Para la pedagogía cristiana, el amor es la capacidad de abrirse al prójimo en ayuda amorosa, en la superación de toda forma de interés egoísta; es la entrega al otro para bien del mismo, es una

⁵⁸ Conc. Vat. II. Const. Lumen Gentium n. 9.

inserción activa en la vida comunitaria. La pedagogía cristiana enseña que este amor auténtico, vocación del hombre, puede vivirse en el matrimonio y en la virginidad.

El hombre es capaz de sublimar su sexualidad y de completar su personalidad en una relación de intercambios afectivos no sexuales.

La virtud que regula el ejercicio de la sexualidad es la castidad, virtud natural, que para el cristiano se convierte en virtud sobrenatural. La castidad cristiana es santificante en la medida en que participa del orden sobrenatural. El dinamismo teologal, dando un nuevo y superior fin a la virtud de la castidad, la cambia de naturaleza, según Santo Tomás de Aquino,⁵⁹ en un don de Dios en virtud del cual la voluntad es capaz no tanto de reprimir los deseos sexuales cuanto de integrar el impulso sexual en la armonía de la entera personalidad cristiana.

4. ESPIRITUALIDAD COMO HORIZONTE SIGNIFICATIVO.

El que se da cuenta que tiene una finalidad en la vida, una misión que cumplir, advierte Frankl,⁶⁰ tiene en sus manos un valor sin igual, desde el punto de vista psicoterapéutico de la higiene mental. Darle un cometido a una persona es lo más apropiado para que sea vencedor de toda dificultad interior y de toda angustia. Tanto mejor si este cometido lo ha elegido la persona misma en cuestión; sobre todo si se trata de una misión.

Los creyentes no necesitamos de Freud para saber que, bajo el impulso de Dios tenemos que purificar las imágenes que de él nos formamos. Ahí está la lección de los santos y de los místicos para demostrarlo. Pongamos un ejemplo sencillo, es cierto, que para el que ha tenido un padre muy severo, autoritario y poco afectuoso, Dios puede convertirse en un guardia que ve y castiga todo sin piedad. Pero el progreso de la fe permite, en tales circunstancias purificar esta imagen deformada y equilibrar lo que en ella hay de verdadero con el descubrimiento de que Dios es Amor, como nos enseña san

⁵⁹ Cfr. DE AQUINO Tomás. *Summa Theologica*, I-II p.63. a 4.

⁶⁰ FRANKL Viktor. *El hombre en busca de sentido*. Herder. Barcelona. 1966.p. 107.

Juan⁶¹. El análisis freudiano de la actitud religiosa puede ayudar al creyente a purificar todo lo que aún existe en él de infantil o inconsciente.

Freud analiza la religión sólo desde su punto de vista y sería un error creer que niega la posibilidad de una religión que supere estas formas primitivas. En su última obra reconoce que existe en la religión: "algo más, algo único que no puede ser reducido a un juego ilusorio o neurótico del inconsciente".⁶²

5. LA MADUREZ COMO EXIGENCIA DE UNA VIDA CRISTIANA.

La historia de los cristianos frustrados es, con frecuencia la historia de los hombres frustrados: historia de personalidades no unificadas, no integradas, en las que se busca en vano al hombre maduro y equilibrado.

El cristiano debe entenderse según su dimensión trascendente y también según la dimensión de promoción humana, sobre todo hoy, que somos singularmente sensibles para todo lo que concurre al desarrollo de la perfección humana.

La madurez psico-afectiva hay que considerarla como la meta de los esfuerzos personales y sociales en pro del desarrollo integral del hombre, como la premisa para un vigoroso desarrollo sobrenatural, es decir, para la consecución de la madurez de vida cristiana a la que exhortaba san Pablo a los Efesios, a fin de que alcanzasen la dimensión del "hombre maduro hasta la medida que llegue a la plenitud de Cristo" (Ef 4 13).

La invitación a desarrollar una plena personalidad humana, siempre presente en los documentos del magisterio, hoy día es recomendada con insistencia, de acuerdo con las adquisiciones de las ciencias humanas.⁶³

⁶¹ Biblia de América. 1 Jn 4 p. 1862.

⁶² PLE Anton. Viaje a las profundidades del alma. Imágenes de la fe. Madrid. 1990 p. 25.

⁶³ Cfr. Conc. Vat. II. Decl. Gravissimum Educationis, nn. 1-2; decr. Optatam totius, nn. 10-11; decr. Apostolicam Actuositatem, n. 29; Decr. Perfectae Caritatis, n. 12; Pablo VI. Carta Enc. Populorum Progressio, 26 marzo de 1967; AAS, 59 (1967), p. 365, n. 16; S. C. Para la Educ. Ct. Ratio Fundamentalís n. 51.

6. AUTOCONTROL PERFECTIVO DEL CRISTIANO

Una exigencia de vida espiritual en Cristo reclama el control dominador de la pasión sensual (1 Cor 1, 23). Sufrir con Jesús significa mortificar las propias pasiones a fin de identificarse místicamente con Cristo crucificado. Es imposible satisfacer contemporáneamente la concupiscencia y la vida del Espíritu (Rm 8, 13; 1 Cor 6, 9; Ef 5, 5).

El misterio pascual que en el bautismo es la raíz de la vida cristiana, manifiesta de la forma más verdadera y vivificante el dinamismo fundamental de la existencia cristiana, precisamente porque aúna, de modo armónico y fecundo, las exigencias esenciales de la persona humana y cristiana; afirmación de sí mismo en la donación de sí a Dios y al prójimo.

En el actual orden de la salvación, sólo el misterio pascual ofrece el fundamento teológico y también psicológico para una ascesis que se manifiesta como la única capaz de aproximarse a la original armonía del hombre. El plan de vida que nos ha sido revelado por el misterio pascual vincula la "renuncia" a ciertas formas de comportamiento y el "ofrecimiento" de sí mismo en una unidad inseparable como teológicamente resulta inseparable la muerte de Cristo de su resurrección.

Impulsados los seres humanos por un amor que se hace cada vez mayor y que no pierde la fuerza de su ímpetu, viven el esfuerzo ascético sin sospechar incluso su existencia; hacen renunciaciones sin darse cuenta de ellas porque un ideal más elevado atrae y hechiza.

PARTE III

LA MADUREZ ESPIRITUAL

Los bautizados "se formen para vivir según el hombre nuevo en justicia y santidad de verdad, y así lleguen al hombre perfecto, en la edad de la plenitud de Cristo" (GE 2).

CAPITULO 1.

1. INMADUREZ ESPIRITUAL

1. Signos de infantilismo espiritual

Vale la pena conocer las expresiones de infantilismo espiritual que nos ofrece la Palabra de Dios. En los textos del Nuevo Testamento encontramos los siguientes: algunos son incapaces de aceptar el Evangelio en su integridad y en sus exigencias: "Yo hermanos no les pude hablar como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Les di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo pueden soportar. Ni aún lo soportan al presente, pues todavía son carnales (1 Cor. 3,1). Los cristianos de Corinto son como niños que buscan sabiduría humana en vez de buscar la soberanía de Dios anunciada por la locura de la predicación.

A la antítesis niño-adulto se da el paralelo de la oposición hombre carnal- hombre espiritual. Algunos se conducen por la carne y no por el Espíritu. El infantilismo se nota en la prevalencia de motivos humanos, las envidias y los rencores: "los conjuro, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que tengan todos un mismo hablar, y no haya entre ustedes divisiones; antes bien estén bien unidos en una misma mentalidad y un mismo juicio" (1 Cor. 1, 10).

La arrogancia y soberbia de olvidar la posición exacta ante Dios; uno se cree sabio, conocedor de los caminos y secretos de Dios; como si no tuviera ya nada que aprender. Sin embargo, los secretos del reino no los "ha revelado la carne ni la sangre" sino Dios, que se los ha dado a conocer a los humildes: "Jesús le dijo: bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te lo ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mt 16 17).

Poner una excesiva confianza en las propias capacidades y fuerzas y no ver que todo don de Dios es gratuito. Un discípulo de Cristo que sea adulto en la fe, tiene algunas cualidades positivas de los niños, que lo hacen enriquecerse de sencillez, recepción gozosa de la gracia, ausencia de cálculos, de generosidad, de sinceridad y de inmediatez: "Jesús les dijo: dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque de los que son como estos es el Reino de los cielos" (Mt. 19 14).

Dedicarse más a sí mismo que a Dios; una afectividad egocéntrica, en lugar de una afectividad libre para poderse entregar al servicio de Dios, que "nos ha amado primero" (1 Jn 4,10).

Confundir libertad con libertinaje, siendo así que hemos de tener un discernimiento de las realidades y los actos según los criterios de Cristo, ya que todo nos pertenece y nosotros pertenecemos a Cristo: "No se gloríe nadie en los hombres, pues todo es de ustedes... y ustedes son de Cristo, y Cristo es de Dios." (1 Cor. 3 23).

Pretender los carismas visibles y espectaculares, en vez de anhelar los dones más altos y comprometerse en el camino más excelente que es el de la caridad: "aspiren a los carismas superiores. Y aún les voy a mostrar un camino más excelente" (1 Cor 12, 31).

La falta de consistencia y voluntad para estar bien fincado en el Evangelio sin dejarse llevar de corrientes espirituales que no nacen de la pureza del Evangelio. Las convicciones sólidas son fundamento de la personalidad cristiana: "Para que no sean ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina que conduce engañosamente al error, antes bien, siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta a aquél que es la cabeza Cristo" (Ef. 4 14).

2.- Inmadurez psíquica y vida espiritual

En la historia de cada persona, puede haber retrasos en el desarrollo, regresiones o conflictos. Estos modos de comportarse son expresión de inmadurez psíquica y hacen gran dificultad en el camino hacia la madurez espiritual.

La inmadurez neurótica se manifiesta en el ámbito de la vida religiosa. El neurótico transfiere a Dios las necesidades afectivas frustradas por los padres o familiares y vive en relación con Dios los

problemas conflictivos inconscientes. Cuando el sujeto inmaduro lleva su vida religiosa como dependencia materna o necesidad de afecto y seguridad va a descargar en Dios la ambivalencia afectiva respecto al padre, al que odia y quiere al mismo tiempo.

El propio yo a veces es débil en la persona inmadura; entonces Dios va a ser buscado como necesidad de seguridad frente a la angustia o a los impulsos instintivos que se perciben como amenazas; o bien, cuando hay sentimiento de culpa se va a experimentar la necesidad de castigo.

La confianza en Dios providente puede ser una defensa contra la angustia, pero es cierto que junto a una motivación neurótica, puede estar y crecer una fe que es auténtica.

En la vida religiosa se llega a presentar en algunos un perfeccionismo obsesivo, unas manifestaciones de neurosis fóbica y obsesiva, que suelen llamarse escrúpulos. El fóbico cree protegerse del miedo a la muerte o a la condenación; el deprimido se acusa de indigno; el masoquista se mortifica reconociendo con detalles culpas reales o imaginarias, o llevando a cabo extravagantes penitencias.

Con razón escribe Zavalloni: "Algunos sujetos neuróticos se refugian en la religión para soslayar las dificultades y los compromisos terrenos; que tampoco ahí encuentran la satisfacción de sus exigencias inconscientes. Esto puede suceder, por ejemplo, cuando se encuentran ante los defectos de las personas que para ellos encarnan la religión. Entonces afirman que pierden la fe y llegan a enfriarse realmente en la práctica religiosa, ya que se trata de una fe basada en motivaciones eminentemente neuróticas y, por tanto, carentes de autenticidad".⁶⁴

En otros sujetos desequilibrados se da una fe y caridad de carácter eminente; pero no pueden o no saben encarnarla en la vida y así quedan lejos del ideal. En un adulto normalmente evolucionado ambos planos el psicológico y el espiritual van unidos y en armonía.

Las condiciones humanas de la vida espiritual serán más idóneas para colaborar con la gracia si la persona va con la mejor salud psíquica perfecta.

La psicología profunda de diversas escuelas hace ver que la salud psíquica es madura cuando tiene apertura a todos por medio del amor. El egoísmo cerrado lleva al desequilibrio psíquico, y deja al

⁶⁴ ZAVALLONI Roberto. Madurez espiritual. Nuevo Diccionario de Espiritualidad. Paulinas. Madrid. 1983. p. 838.

hombre sin la fuente de expansión vital que se adquiere cuando hay comunicación efectiva con los demás.

El intento de madurar y de hacer que los demás hagan lo mismo equivale a colaborar con la gracia de Dios para construir el edificio espiritual del hombre. La madurez humana es la base de la madurez espiritual.

Si el hombre es responsable en la opción fundamental de la gracia puede llegar a la santidad; pero en la medida en que no es consciente y responsable, es decir, verdaderamente hombre- o porque no ha logrado suficiente desarrollo intelectual o por alteración mental- la expresión de la gracia queda limitada; limitada, sí, pero nunca ausente sino en constante presencia de acción.

CAPÍTULO 2

PROBLEMAS DE LA MADUREZ

1. PATOLOGÍA ESPIRITUAL

No cabe duda que el pecado hace pensar en la esfera del problema religioso. Pero la vivencia del pecado es también un problema psicológico. La investigación psicológica del pecado no ha de olvidar el significado de experiencia fundamentalmente religiosa.

Si se niega el hecho religioso y se considera el pecado sólo como fenómeno psíquico, se hace incomprendible o si todo lo reducimos al inconsciente, dejamos fuera el carácter personal del hombre y la vivencia de la culpa.

No vamos a poner en términos psicológicos la enseñanza teológica del pecado sino a mirar las analogías entre los datos de la psicología y las verdades de fe respetando los cometidos propios de cada ramo.

En efecto, encontramos en Zuanazzi: "La conciencia moral no es distinta de la conciencia psicológica; más bien es una especificación de ella, o mejor dicho, su coronamiento, sin que con esto queramos decir que el orden psicológico coincida con el ético".⁶⁵

Con la conciencia psicológica tenemos conocimiento de los contenidos psíquicos cuando se reflexiona en los valores morales la conciencia psicológica se hace conciencia moral.

Hay experiencia de la obligación y experiencia del valor, moral de la obligación y moral del valor. La moral cerrada, estática y natural está fundada en la sociedad; la moral fundada en el hombre produce una emoción espiritual creadora, liberadora y amorosa.

⁶⁵ ZUANAZZI Gian. Patología espiritual. Nuevo Diccionario de Espiritualidad. Paulinas. Madrid. 1983. p. 1085.

1.1 Vivencia de culpa y de pecado.

El sentimiento de culpa en general, y particularmente el remordimiento, se considera como una señal ante el peligro. En el plano psíquico tiene la misma función que la fatiga o el dolor en el plano físico. De ahí se desprende lo equivocado que es, en orden a una mal entendida psicoterapia, suprimir los sentimientos justificados de culpa con el sentimiento morboso de culpabilidad.

La posición más profunda del arrepentimiento es la temática de la autovaloración. No es la fórmula: ¿"Qué he hecho"? sino mejor la fórmula radical: ¿"Qué clase de persona soy"? Si el pecado origina disgusto por las consecuencias todavía no hay arrepentimiento sino disgusto de sí, decepción del egoísmo o de la manía de poder o de ser estimado. El verdadero arrepentimiento se refiere a la autoestima y no a la estima de los demás por nosotros; el yo se duele de haber faltado al propio valor. En el arrepentimiento puede darse la angustia. Se trata de lograr angustia productiva hacia una voluntad de renovarse. El amor o el olvido ayudan a cancelar el miedo, la angustia y cualquier afecto psicológico negativo.

1.2 El escrúpulo

Conviene evitar la prohibición al escrupuloso de manifestar sus preocupaciones morales, para que tenga la posibilidad de soltarse por la comunicación de la propia angustia. No se quiere decir que se le deje repetir eternamente las mismas palabras.

Otra equivocación sería justificar al escrupuloso aceptando que es incapaz de pecar. Le quitaría el sentido de responsabilidad. Se dan dos extremos, escrúpulo en que se cometen faltas pequeñas y que se consideran normas que se agigantan y luego demasiada desatención a la justicia, la caridad, etc.

El escrupuloso, por ejemplo, puede ciertamente santificarse en su neurosis obsesiva, pero no será más que un testigo imperfecto de ciertos aspectos del perdón divino y de la alegre confianza en Dios.

1.3 Perversión de la conciencia moral

Existe la falta de resonancia ética de comportamientos objetivamente reprobables o, directamente, la búsqueda de su actuación en cuanto fuente de gratificación.

Según Zuanazzi: "No son raras las veces en que la perversión de la conciencia moral se inserta en el cuadro de la desestructuración de la conciencia psicológica misma o de la decadencia psíquica global o de la inmadurez personal. Podemos afirmar que todos los capítulos de la psiquiatría se ocupan del comportamiento moral y que la decadencia ética es una de las señales más precoces de toda enfermedad mental".⁶⁶

1.4 Religiosidad

La psicología se ocupa de lo relativo, del fenómeno, del tipo verdadero o falso, o sea no abarca toda la religión sino un aspecto, valora las causas segundas, la realidad psicológica y no la verdad ontológica.

Además, el significado psicológico y la creencia espiritual de un fenómeno no coinciden con su mecanismo de realización. Así por ejemplo, decir que el acto religioso utiliza la energía de fuerzas vitales profundas que son puestas al servicio de modos superiores de vida es muy diverso de afirmar que la vida religiosa es una especie de sexualidad camuflada.

Los desvaríos del inconsciente: confundir la obediencia con la pasividad, con la necesidad infantil de seguridad, protección, con la renuncia a las propias responsabilidades. La caridad puede ser expresión de un erotismo larvado. Un comportamiento casto puede tener el significado de miedo a la sexualidad. Ciertas prácticas de piedad se sostienen por ceremoniales obsesivos. Devociones que ocultan sublimaciones inconscientes de necesidades profundas. Algunos heroísmos se originan en represiones neuróticas, en una negación morbosa de sí, muy diferente de estar disponible al amor de Dios y del prójimo. Ansias de santidad con ostentación y saboreadas con complacencia denotan la manía de darse a valer. Son grados inferiores de motivación, la mira está en sí mismo y no en el bien absoluto.

⁶⁶ ZUANAZZI Gian. o.c. p. 1092.

1.5 Neurosis y santidad

¿ Es peligroso abusar de la psicología?. Se podría decir a uno que habitualmente comete una culpa objetiva, que probablemente no es responsable de cuanto ha realizado; pero sería un doble error psicológico no dar ninguna importancia al pecado material; ante todo, porque el sujeto tendría la impresión de que nosotros tenemos en poco cuanto nos dice y, además, porque correríamos el riesgo de producir en él una distorsión del sentido moral, tanto más cuanto el pecado material es "permitido" o incluso "prescrito" por dicha terapia.

La condición personal de un neurótico hace más difícil la acción de la gracia y, por tanto, disminuye sus efectos positivos en orden a la perfección. A la tensión inherente a la vida espiritual, igual que al peso normal de la condición humana, la neurosis añade una carga suplementaria, que implica unos obstáculos tanto más insuperables cuanto más irreal es su objeto. La neurosis no constituye una ocasión de mérito si no es por vía indirecta, es decir, por el esfuerzo suplementario y la confianza redoblada que exige; pero considerada en sí misma no representa una condición favorable para la vida espiritual y no aporta beneficio alguno. Aquel que sufre de culpabilidad neurótica, por ejemplo, no llega a la verdadera conciencia del pecado y, por tanto, tampoco a la idea del perdón y del amor.

La neurosis en cuanto tal es un obstáculo para la realización de las exigencias humanas de la vida espiritual. Si el hombre normal es ya un ser lacerado de algún modo, el neurótico lo es por partida doble; su unidad personal está dolorosamente amenazada. Y, precisamente en este sentido, el equilibrio psíquico o la ordenación del psiquismo favorece singularmente una vida espiritual auténtica y plenamente desarrollada.

Si es cierto que la Providencia en sus misteriosos designios ha permitido a veces que en la misma vida de los santos aparezcan formas patológicas de tipo neurótico, es preciso recordar que se trata siempre de una disminución con respecto a la perfección del orden natural, el cual facilita la acción de la gracia. Si es cierto que una misma acción defectuosa puede deberse a la libre elección del hombre o bien al efecto condicionante de dinamismos psíquicos neuróticos o caracteriales, también es cierto que

el hombre, especialmente el hombre consagrado a Dios, debe intentar realizar un comportamiento objetivamente correcto y auténticamente maduro.

2. RELACIÓN ENTRE SALUD MENTAL Y VIDA ESPIRITUAL

Zavalloni suele hablar de una doble relación entre naturaleza humana y acción de la gracia: una relación "extrínseca" y una relación "intrínseca".⁶⁷

Relación "extrínseca" en el plano de la santificación en sentido general; la santificación en su esencia, no depende intrínsecamente de las disposiciones psíquicas, sino del acto espiritual que abandona amorosamente a las personas a la presencia y la acción del Espíritu. Este acto es posible en cualquier estado psíquico, incluso patológico. Una dependencia extrínseca es, sin embargo, innegable; hay ante todo una especie de umbral más allá del cual, en la demencia, por ejemplo, se plantea ya el problema espiritual relacionado con la existencia del acto humano; hay, por otra parte, disposiciones psíquicas tan fuertes que ejercen una influencia decisiva en la conducta del hombre.

Relación "intrínseca" en el plano de la total manifestación de los frutos de la gracia; la obra de la gracia no se limita, en efecto, al acontecimiento espiritual en que consiste la santificación fundamental de las almas. La vida de gracia tiende a difundirse por toda la personalidad y a irradiarse hacia el exterior. El acto espiritual quiere dar frutos visibles. Para que la caridad divina se establezca más profundamente, para que sea poseída con mayor seguridad y se manifieste más plenamente en los individuos, es necesario que el hombre actúe y se adapte lo más posible a las orientaciones dinámicas que le confiere la gracia.

Este progreso y esta madurez psíquica –cuyas leyes estudia la psicología e intenta promover mediante sus técnicas en el plano natural- son precisos para favorecer la plenitud del crecimiento y de las manifestaciones cristianas. Las cualidades psíquicas, aunque no sean ni una garantía de perfección o de virtud cristiana, ni fundamento de relación humana fructífera, condicionan su expresión normal y su pleno desarrollo.

⁶⁷ ZAVALLONI Roberto. Psicología y espiritualidad. Paulinas. Madrid. 1983. P. 1198.

Examinando las condiciones de salud mental de cada individuo, se intentará comprender cuáles son los aspectos positivos y los elementos de desviación, junto con las posibilidades de conflicto. Y esto para hacer a la naturaleza humana –en concreto, la persona de cada individuo- lo más madura y, por tanto, lo más válida posible, en orden a la acción de la gracia.

A este respecto, Zavalloni encuentra tres cuestiones principales que deben atraer nuestra atención para llevar a cabo un examen más profundo del problema.⁶⁸

La primera atañe a las condiciones y características de cada individuo; desde el punto de vista psicológico, la personalidad es la expresión de todas las condiciones y las características humanas mediante las cuales se manifiesta y se va desarrollando el individuo a lo largo de toda su vida.

La segunda atañe a las imperfecciones y las desviaciones que se pueden revelar en este desarrollo del individuo y que pueden hacer menos perfecta, imperfecta o inmadura a una personalidad; éste el punto céntrico de la cuestión.

La tercera pretende ser la síntesis de las dos precedentes; partiendo de estas condiciones humanas, se trata de ver cuáles son las exigencias de la naturaleza en orden a la gracia o, en términos científicos, cuáles son las modalidades de vida espiritual que se revelan sobre la base de determinadas premisas bio-psicológicas.

Para llegar a conclusiones suficientemente claras en lo que concierne a la compatibilidad o incompatibilidad de la expresión más elevada de vida espiritual, la santidad, con los trastornos mentales debemos procurar no olvidarnos de que algunas veces los elementos psicológicos y los elementos sobrenaturales están inseparablemente mezclados. Como es evidente, si se tienen en cuenta únicamente las manifestaciones exteriores, algunos elementos aparecen netamente patológicos. Sin embargo, no todos son signos de enfermedad mental, porque fenómenos idénticos se deben a veces a causas preternaturales o sobrenaturales.

Cuando los fenómenos extraordinarios o anormales provienen de un estado patológico pueden deberse tanto a una perturbación funcional como a una perturbación de la estructura fisiológica (es el caso de las afecciones neurológicas, glandulares o cerebrales), o bien a un desorden puramente mental (por

⁶⁸ ZAVALLONI Roberto. Psicología y espiritualidad. Madrid. Paulinas. p. 1198.

ejemplo cuando la inteligencia o la voluntad no se han perfeccionado con el desarrollo de las virtudes). Las predisposiciones inmediatas a los estímulos susceptibles de desencadenar reacciones anormales se manifiestan generalmente con ocasión de una crisis o de un conflicto. El estado emocional que resulta de ello es origen de una tensión de una angustia más o menos oprimiente para el individuo.

Cuando una persona se ve afectada por una lesión cerebral, no está en condiciones de utilizar las funciones controladas por la sección del cerebro donde reside la lesión. Ahora bien, la relación entre cuerpo y espíritu es tan estrecha que incluso sus facultades espirituales pueden quedar obstaculizadas. En este caso, dicha persona deberá perder toda esperanza de tener una personalidad bien integrada, porque su vida escapa definitivamente al control completo de la razón. Si, por el contrario, la lesión afecta solamente a uno u otro de sus sentidos exteriores, como la vista, la palabra o una función motriz, no existe una enfermedad mental propiamente dicha y la persona sigue siendo capaz de acceder al estado auténticamente místico y a la santidad.

Así pues, si una persona se ve mentalmente afectada a consecuencia de una lesión orgánica, si no puede afrontar la realidad y su ambiente y si su juicio moral queda falseado, esta persona no posee ya la integridad necesaria para la santidad. Esto no quiere decir que dicha persona será responsable de su propio estado; puede perfectamente participar en la acción de la gracia; pero mientras subsistan las perturbaciones mentales no puede alcanzar la plenitud de la perfección cristiana.

En el caso de enfermedad mental por intoxicación, el enfermo se encuentra en una situación muy distinta. Si él ha tenido la culpa de su enfermedad –por ejemplo, si se trata de un alcohólico o de un toxicómano-, entonces es realmente culpable. Sin embargo, teniendo en cuenta que la alteración del cerebro no es definitiva, puede curarse y hacerse incluso santo, a condición, naturalmente, de que deje de intoxicarse. Si, por el contrario, sus lesiones son definitivas, se encuentra en la misma situación frente a la santidad que aquél cuyas lesiones son orgánicas.

Cuando se trata de enfermedad mental procedente de un desorden fisiológico o de un extravío de la inteligencia o de la voluntad, se puede decir que mientras persista el desorden funcional –cualquiera que sea su causa- el individuo es incapaz de someterse al control de la propia razón y de afrontar las exigencias de su ambiente. Ahora bien, si la práctica de las virtudes conduce a un equilibrio perfecto y

a la santidad, un desorden funcional es signo de carencia de algunas virtudes (frecuentemente se trata de la virtud de la prudencia) o al menos de su imperfección. Comportamientos como la racionalización, la regresión, la identificación, la proyección y la segregación demuestran que el individuo no está maduro y sufre en cierto modo la influencia de una fuerza distinta de su razón.

La vida espiritual es la vida de la gracia santificante en cuanto se expande en la conducta humana en una relación particular con las facultades de la inteligencia y la voluntad; esto nos lleva a hacer algunas observaciones a propósito de la vida espiritual en los retrasados mentales.⁶⁹

La teología enseña que existe una colaboración del sujeto, mediante la infusión de la gracia santificante, dada en el bautismo; es el caso del recién nacido bautizado, cuya gracia deriva de Cristo mediante la regeneración espiritual. Los retrasados mentales profundos se pueden considerar en un estado semejante a los recién nacidos por lo que atañe a su vida espiritual. En cuanto se refiere a los débiles mentales ligeros, el caso es distinto; parecen tener un sentido religioso más afinado de lo que permite prever su grado de desarrollo intelectual.

Estudiando la relación entre equilibrio psíquico y vida espiritual, Léonard se interroga si existe una correlación perfecta, de manera que un grado determinado de perfección corresponda un nivel determinado de autonomía psíquica; se pregunta, en particular, si aquellos que padecen escrúpulos, obsesiones, manías o neurosis son capaces de llevar una elevada vida espiritual.⁷⁰ Para dar una respuesta a estos interrogantes, Léonard parte del concepto de "santidad" entendida como "plenitud de la caridad", y más en concreto como "conformidad con el valor divino, expresada en un continuo y exacto cumplimiento de los deberes propios del estado". Ahora bien, se trata de ver si y en qué modo estos criterios se pueden aplicar a un neurótico o a un enfermo mental.

A propósito del enfermo mental, Léonard piensa que éste no puede presentar un tipo de santidad ejemplar, en cierto modo oficial, a causa de ciertas incapacidades congénitas que no le permiten el desarrollo de una perfecta armonía en su personalidad; pero nada nos impide pensar, según el citado autor, que la gracia pueda actuar en él hasta el punto de llevarlo a un elevado grado de vida espiritual.

⁶⁹ EL DSM IV. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. Massón. Barcelona. 1995. P. 42. Al tratar de la gravedad del retraso mental especifica cuatro grados de intensidad, de acuerdo al nivel de alguna insuficiencia intelectual: leve, moderado, grave y profundo.

⁷⁰ LEONARD Anton. Psychisme et sainteté, en "Presences", 62. 1958 p. 55 y ss.

"Sólo el pecado voluntario y formal constituye un obstáculo a la gracia, y no los trastornos de los que ni la voluntad ni la conciencia pueden ser culpables".⁷¹

⁷¹ LEONARD Anton. Psychisme et sainteté. Presences. 62. 1958. P 56.

CAPÍTULO 3

CAMINO A LA MADUREZ ESPIRITUAL

1. Exigencias de la madurez espiritual

A través de la historia de la salvación encontramos una constante invitación al progreso espiritual. Un cristiano es maduro cuando tiene plenitud en el desarrollo de la gracia en todos los niveles del organismo sobrenatural. La fe le da orientación, significado e impulso; pero su realización esencial es en la caridad. La fe y la esperanza son preparación para la caridad. Si el ejercicio de las virtudes de la fe y la esperanza es perfecto es también posible la perfección del dominio de la caridad en la vida del hombre.

Desde el bautismo estas tres virtudes quedan sembradas como semillas destinadas a crecer, a darle vida en abundancia al cristiano, a conseguir su perfección.

San Pablo nos las presenta como fuerzas dinámicas que tienen un papel decisivo para la madurez de la vida espiritual. Distingue entre un modo de ser cristiano de tipo infantil y un proceder de adulto. Le gusta usar las antítesis niño-adulto, imperfecto-perfecto.

Zavalloni observa que según San Pablo: "niño es aquel que está en los comienzos de la vida cristiana, dando sus primeros pasos, pero todavía indecisos, y balbuciendo las primeras palabras; adulto o perfecto es el cristiano en el que los gérmenes de vida nueva recibidos en el bautismo se han desarrollado y han alcanzado aquella plenitud que poseían sólo en potencia y cuya personalidad está en constante apertura a nuevas profundizaciones"⁷².

Momento de suma importancia para que la persona cristiana llegue a la madurez lo constituye el abandono del comportamiento infantil, para comenzar el comportamiento de un adulto, y tomar las responsabilidades nuevas de la fe y la gracia.

⁷² ZAVALLONI Roberto. Madurez espiritual. Paulinas. Madrid. 1983. p. 829.

2. Señales de la madurez espiritual

Dejando atrás los aspectos negativos del infantilismo nos enfocamos al desarrollo positivo de la vitalidad y plenitud de la gracia. Se describen algunos de los signos más manifiestos de la madurez espiritual.

Las verdades de fe fundamentales de que Dios existe y que nos ama con dulce providencia se hacen seguridad y convicción. De esta forma la relación con Dios es profunda y poco a poco crece la conciencia del plan de salvación que Dios tiene para cada uno.

El hombre se transforma y renueva en su mente y en su corazón, en su personalidad, en su centro más profundo, así queda capacitado para un discernimiento de lo que es bueno y de lo que es malo; más todavía, un discernimiento de "cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable a Él, lo perfecto".(Rom. 12 2).

La docilidad al Espíritu Santo y la iniciativa para discernir lo que más agrada al Señor nos lleva a estar llenos del conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual y de este modo a "fructificar en toda obra buena y crecer en el conocimiento de Dios" (Col 1, 9). Así también nos llevará a una abundante producción de los "frutos del Espíritu y un constante caminar en el Espíritu". (Gál. 5 22).

Son cristianos maduros los capacitados espiritualmente para ir "hasta el fondo en el misterio de Cristo y de aceptarlo contribuyendo a la construcción de la Iglesia, que es sacramento de Cristo" (Ef. 2 20 ss). Se trata de tener capacidad de diálogo en forma constructiva con todos: con Dios, con los hermanos y con el mundo.

En la madurez cristiana el ser humano se llega a comprometer de forma radical y total por Dios y por salvar al mundo. El hombre por su vida teologal sale de sí mismo, de pertenecerse a sí mismo. Pertenece al Señor que murió y resucitó por él. El entendimiento y la voluntad se ordenan de forma unitaria hacia un centro de unidad, más elevado, todo nuevo, que es Dios en sí mismo. Toda la

personalidad vive la tensión saludable hacia un único término que es Dios, infinita bondad, sabiduría y verdad: "Señor mío y Dios mío". (Jn 20 28).

Otro signo de la madurez cristiana es la estabilidad de la conversión nueva de la mente y el corazón. No es la promesa de un niño, sometida a caprichos y veleidades, sino el compromiso de tomar posición de la cual no se vuelve uno atrás. "El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás no es digno del Reino de Dios" (Lc 9 62). Es una alianza seria con Dios, no obligado sino en la libre opción de amar a Dios. Solo en la madurez espiritual hay capacidad para no seguir criterios del mundo contrarios a Dios, renunciando a cálculos terrenos, alejándose del mal y evitando las ocasiones de pecado.

El cristiano maduro logra la integración de la personalidad en Cristo. Su vida de cristiano recibe su vertebración mediante las mismas virtudes de Cristo. La vida teologal, desarrollada en toda su potencialidad, da unidad dinámica a los pensamientos, afectos, deseos y acciones. Con razón – dice Zavalloni- el cristiano adulto se ha purificado de aquellas tendencias afectivas que hacen de Cristo más bien una necesidad psicológica que una persona a la que uno se entrega libremente y, en consecuencia, está en disposición de mantener su decisión sean cuales fueren las circunstancias de la vida.⁷³

En fin, es un signo de madurez cristiana el hecho de comprometerse por la Iglesia y por el mundo, o sea la capacidad para ir más allá del propio yo y de entrar en relación constructiva y creadora con los demás. La gracia no se vive de forma abstracta y desencarnada sino en el encuentro con Dios, con los demás y con la naturaleza. También el compromiso de la santidad y de la solidaridad, sabiendo aceptar los defectos de la Iglesia y con empeño por trabajar para que la Iglesia se acerque a Cristo, su modelo y su cabeza.

Una dotación psicológica madura y diferenciada permite tener objetividad para la realidad, un aprecio correcto de las capacidades hacia el futuro y de aprovechar experiencias del pasado, de razonar con lógica, de tener sentimiento de culpa con equilibrio y el reconocimiento de los propios límites. Con

⁷³ZAVALLONI Roberto. Madurez espiritual. Nuevo Diccionario de Espiritualidad. Paulinas. Madrid. 1983.p. 838.

todo esto la virtud de la prudencia se hace instrumento dinámico de integración al servicio de un desarrollo espiritual y seguro.

La acción sobrenatural no es una fuerza que restrinja o limite las fuerzas de las facultades humanas; al revés, las penetra, las conduce, les da nobleza, las levanta, las eleva, les ofrece motivación, ánimo, vigor y aliento.

La gracia restablece, purifica y transforma la naturaleza. Es cierto, en algún sentido, que la naturaleza condiciona la gracia ya que su acción es facilitada en las personas psicológicamente ricas y amortiguada en las psicológicamente pobres. Es necesario lograr unas condiciones humanas eficientes y válidas que permitan no solo actuar a la gracia sino llevar a cabo la más perfecta actuación posible.⁷⁴

⁷⁴ ZAVALLONI Roberto. Psicología y espiritualidad. Madrid. Paulinas. p. 1198.

CAPÍTULO 4

LA MADUREZ EN SÍ MISMA

1. Santidad y madurez humana.

La santidad es el fruto de la presencia en el hombre de la caridad divina: depende de la acción gratuita de Dios y de la libre respuesta del hombre, independientemente de las disposiciones psicológicas del individuo, supuesto, obviamente, éstas dispongan de un mínimo de libertad personal. También es posible que factores inconscientes limiten el campo de la libertad al interior de la cual el hombre acoge la acción divina, y disminuyen la disponibilidad a la acción transformadora de la gracia.

La santidad subjetiva no depende del grado de madurez psicológica del individuo. La santidad objetiva, en cambio, que consiste en la efectiva transformación a imagen de Cristo, es correlativa a la madurez afectiva y humana de la persona.

Ciertamente, la gracia puede superar las limitaciones subconscientes de una persona para transformarla en profundidad; pero semejante acción "terapéutica" de la gracia parece ser más excepción que regla. Es lo que los resultados de la investigación parecen poner en evidencia: Dios respeta la libertad del hombre y las leyes dinámicas de su desarrollo. Por otra parte, no se ve por qué Dios no debería respetar habitualmente las leyes psicodinámicas creadas por él mismo.

Si el hombre no es capaz de interiorizar los valores espirituales, sus actitudes de base tenderán poco a poco a conformarse a sus necesidades más que a sus ideales trascendentes.⁷⁵ Su capacidad de escucha objetiva y de transmisión de la Palabra de Dios, su actitud a captar los mensajes de la Escritura, de la Liturgia, de la Iglesia, su facultad de comprender el sentido profundo de la realidad serán puestas seriamente en peligro. Difícilmente llegará a superarse a sí mismo y será incapaz de perderse a sí mismo por abandonarse generosamente al amor.⁷⁶

⁷⁵ CHAMPOUX Roger. Nuove prospettive nella formazione religiosa. Una integrazione della spiritualità e de la psicologia del profondo. Roma. 1989. p. 148.

⁷⁶ VAZQUEZ Antonio. La vocación religiosa como proceso psicológico personalizador. Sígueme. Salamanca. 1978. p. 72.

2. Madurez espiritual

En la práctica de la vida, el hombre maduro se revela sobre todo en el santo, aquel que no solo ha recibido la santidad de la gracia; sino que abriéndose plenamente a esta realidad de los alto, ha puesto en acción, levantado hasta lo máximo también la potencialidad del desarrollo natural, que todo hombre lleva dentro de sí. Ha sido escrito sabiamente que "más la mujer es santa, más es mujer", palabras que obviamente valen para el hombre: más se abre al infinito, más se es hombre. Afirmación que pugna con todas las teorías marxistas y existencialistas y afines de cuantos hablando de hombres religiosos, y por tanto sensibles a los problemas metafísicos, osan definirlos como alienados.

Que el hombre sea para nosotros sobre todo el santo lo deducimos de la misma realidad de su vida. El santo posee la sabiduría que regula y orienta todos los actos de la vida, al único fin principal, sin quitar nada a lo legítimo y santos fines subordinados. Toda está en orden en su interior, todo transcurre sin sacudidas, ya que él goza la paz, y la alegría del espíritu, en un contexto de sosegado entusiasmo que no decae ni con la decadencia de las fuerzas físicas o de los años y esto parece una paradoja inaceptable, con todas las luchas, las limitaciones, los sufrimientos, los reveses que, de buena gana, se diría, se abaten sobre él. El santo es el fuerte, el sabio que ha construido su casa sobre la roca. (Mt 7 24). Habitado a pedir a las criaturas sólo lo que ellas pueden dar: consciente que todo hombre es mentiroso, con inauditos sacrificios, logra crear y mantener, además de un equilibrio interno, un equilibrio con el universo entero, demostrándose así que no se acompleja ni le afecta ser víctima de la suerte.

Estupendamente abierto, mientras encuentra en la comunión con su Dios su felicidad y su alimento, está también disponible a sus hermanos, de cualquier condición, les participa anhelos y esperanzas, los enriquece continuamente con los recursos de un amor audaz e inagotable, la historia está ahí para darnos una vez más una luminosa confirmación: los más grandes pacificadores, los más sublimes contemplativos, los más prodigiosamente activos y emprendedores, los más generosos hacia los

hermanos han sido siempre los santos, en todas las épocas y en todas las condiciones. ¿Cómo va ser alienación o inmadurez? La historia imparcial debería desmentir tantas insensatas afirmaciones.

Es verdad, que en la historia de los santos (y sobre todo de algunos santos) se dan tantas cosas extrañas: excesos de penitencia, precauciones "ridículas", en especial con relación a la castidad, formas "absurdas" de devoción y plegarias y otras cosas semejantes. ¿no bastarían estas extrañezas para probar el dudoso equilibrio y la inmadurez de tantos santos? Sin embargo, los hechos nos demuestran que esa prueba no convence, sea porque las extrañezas en ellos no son preponderantes; sea porque, a menudo son simplemente imitación de la sublime "extrañeza" de Cristo crucificado, "escándalo para los judíos y locura para los paganos" (1 Cor. 1 23); sea porque las extrañezas se entienden en un contexto histórico y psicológico en el cual se insertan siempre en perfectísima armonía. Por otra parte los santos no han jamás pretendido imponer a los demás tales comportamientos, y en cambio estarían prestísimos, lo cual es de suprema importancia, a renunciar a lo que hacían si hubieran tenido prohibición de legítima autoridad. Evidentemente ellos se guían sólo, con excepcional disponibilidad, por las instancias del Espíritu que inspira donde quiere. Lo que es, siempre, signo de excelente madurez.

3. Los términos del esfuerzo.

Si queremos bajar a una dimensión más práctica y concreta, para alcanzar la madurez, nos encontraremos en pleno ascetismo. Para un cristiano la madurez es ordenar continuamente las propias acciones, según un molde que no es ciertamente el del mundo, de los sentidos o del placer en general. Es estudio humilde y asiduo de las circunstancias, del hombre, de Dios, del presente y del pasado para llegar a aquella madurez de juicio que San Buenaventura dice que es una de las siete columnas o grados de la sabiduría;⁷⁷ o para adquirir —que es lo mismo aquella prudencia que santo Tomás califica como sabiduría, tanto en el plano natural como en el sobrenatural.⁷⁸

⁷⁷ S. BONAVENTURA. *De septem donis Spiritus Sacti*. Coll. 9 n. 91.

⁷⁸ S. Tomás. *Summa Theol.* 1 q. 1. A.6; y II-II q. 119.

Es una habitual moderación en el uso de todas las cosas; y que, materialmente, es o parece ser, renuncia, mortificación, represión de energía exuberantes; pero en realidad es un almacenar preciosas reservas, un entrenarse al dominio y un gustar más intenso y respetuoso del placer. Es un gradual generoso abrirse, sobre todo a los hermanos, hecho de amable comprensión, de gratuito servicio. Parece una completa renuncia y olvido de sí y de las propias exigencias y derechos, en realidad es un enriquecerse prodigioso a las fuentes mismas del ser y un consolidarse siempre más contra cualquier agresión o choque del interior como del exterior.

Y sobre todo obedecer dócil y consciente a quien tiene el poder de mandar y disponer en nombre de Dios. A la aparente negación de la propia libertad, en realidad es construirla sobre solidísimas bases del bien y de la gracia. Un punto éste de delicada importancia que hace decir a un teólogo moderno: "el que no comprende la unidad de madurez y de obediencia cristiano-eclesiástica, está muy lejos de ser maduro. Pero los nexos los divide sólo el que ora con fe viva, y sin este presupuesto todo se pierde en pláticas superficiales y peligrosas".⁷⁹

Y es también, en una siempre más clara conciencia, sentir de parte del hombre el deber de abandonar su entero proyecto a favor del designio de Dios: he aquí el cristiano maduro. Uno que ha llegado a ser totalmente elemento apto para recibir la forma de Cristo, "materia", que de una simple pasividad, viene elevada a la suprema actividad del "modelo" y "madre" de Jesús.⁸⁰

⁷⁹ H. URS VON BALTHASAR Chi é il cristiano?. Brescia. 1965. p. 91.

⁸⁰ Idem p.92.



CAPÍTULO 5

APLICACIONES DE LA MADUREZ

1. MADUREZ HUMANA HACIA LA MADUREZ RELIGIOSA

Una cuestión básica y fundamental para la tarea catequética es qué relación existe, si es que existe alguna, entre madurez humana y madurez religiosa, en qué sentido podemos extrapolar lo dicho hasta ahora sobre la madurez humana al ámbito del crecimiento en la fe con todo lo que esto supone en el orden de la catequesis, del discernimiento vocacional, de los escrutinios para la admisión al bautismo de adultos o la confirmación de los adolescentes, la concepción del bautismo de los niños en función de la fe de sus padres, etc.

Este es uno de los temas cruciales de la psicología de la religión y en general de la teología espiritual. Y de la catequesis que busca siempre encontrar una comprensión adecuada del crecimiento y maduración de la fe. Las cuestiones que dependen de clarificar qué entendemos por madurez religiosa tienen consecuencias no sólo en el orden teórico sino también y muy importantes en el orden práctico. En primer lugar y como punto de partida es conveniente recordar el aforismo clásico de antropología teológica: la gracia no suple la naturaleza. La gloria de Dios es que el hombre viva y que lo haga de una forma plenamente humana, desarrollando en plenitud todas sus potencialidades humanas que le hacen ser a imagen del Creador, hombre nuevo, a imagen de Cristo. Pero este crecimiento humano lleva emparejada la conciencia de la limitación humana de la propia finitud que abre al hombre a la búsqueda de la trascendencia, haciendo realidad las palabras de san Agustín: "no te buscaría si no te hubiera ya encontrado". Ahora bien, en un mundo plural, como en el que vivimos, de una parte no han sido pocos los que han acusado a la religión y en concreto al cristianismo de alienar al hombre, de vaciar de humanidad su vida, hasta afirmar que para ser propiamente humano es necesaria la negación de Dios. Por otra parte, no han sido pocas las voces que desde el cristianismo han acusado a

los no creyentes de personas incompletas e inmaduras, es necesario para la catequesis y la teología, en general, como indica el Vaticano II abrir caminos de diálogo, que nos permita reconocer en todo hombre los rasgos de la presencia de Dios en sus vidas y a la vez caer en la cuenta de la inmadurez, las zonas oscuras, las insuficiencias que en todo hombre existen. En cualquier caso el mensaje cristiano hace aportaciones a la madurez humana y los datos de la psicología sobre madurez humana permiten recordar algunos rasgos de insuficiencia en la forma de vivir la fe.

El encuentro con Dios, un cúmulo de experiencias humanas como la toma de conciencia de la propia finitud, el encuentro intersubjetivo del amor humano, el sentirse portador de vida y la alegría de la paternidad, la indignación y rebeldía ante la injusticia, la capacidad de extasiarse ante lo bello y lo hermoso de la vida son probablemente los que de una forma u otra nos abren a la búsqueda del sentido último de nuestras vidas y al encuentro con Dios. Pero no todas ellas ni la forma de vivir cada una son igualmente maduradoras.

Es relativamente frecuente que proyectemos sobre Dios como hacemos en el resto de nuestras relaciones humanas nuestras ansias de seguridad, nuestros miedos, nuestras frustraciones, nuestras ilusiones; todo ello aboca a un proceso crítico, de nuestra misma imagen de Dios, de purificación de los ídolos que diariamente nos creamos o del proceso de idolatrización al que sometemos a Dios. Uno de los principales rasgos de madurez religiosa es la actitud de apertura ante el misterio, de sana sospecha ante lo que de idolátrico pueda existir en nuestra relación con Dios, una vivencia de confianza y de docilidad ante Dios y su voluntad, que tienen como fruto una paz y seguridad profunda y una actitud de libertad y de riesgo ante todo lo que nos rodea. Una oración de Santa Teresa de Jesús lo expresa admirablemente: "Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda, la paciencia todo lo alcanza: quien a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta."

2. LA MADUREZ CRISTIANA

Esto que se puede decir de todas las confesiones religiosas y que tiene en cada una de ellas sus propias connotaciones en el cristianismo nos aboca directamente a la persona de Jesús, a partir del

misterio de la Encarnación Dios con nosotros. La persona de Jesús se convierte para los creyentes en referente último de nuestra humanidad.⁸¹ Él es el modelo, la meta y el ideal de nuestra humanidad, por medio de Él, se ha derramado sobre nosotros la gracia que nos permite no sólo reconciliarnos con Dios sino con nuestra misma humanidad. Él, el hombre nuevo ha hecho de cada uno de nosotros hombres nuevos renacidos por el bautismo. Esta recreación de nuestra humanidad no es considerada como un acto mágico sino como una tarea continua de crecimiento, como un proceso, en el que la gracia derramada en Cristo juega un papel y la acción libre y voluntaria del hombre juega el suyo propio. Por eso Pablo invita a los cristianos a la aceptación de la gracia y a hacer crecer en cada uno las mismas actitudes de Cristo Jesús. (Fil. 2. 5). Todo es vivido y descrito por el Nuevo Testamento con las categorías de seguimiento de Jesús y de discipulado, que suponen un proceso en el que las etapas de llamada, seguimiento y envío subyacen y concretan los distintos momentos por los que pasa la madurez cristiana. Este proceso y sus etapas permiten señalar como aspectos de la madurez cristiana: a) la toma de conciencia de sí mismo, de los valores y limitaciones de cada uno y del propio contexto social, "los llamó por su nombre": (Mc 3 14). La capacidad de apertura y escucha más allá de la misma realidad concreta y la capacidad de trascender para encontrarlo a El que nos llama en cada uno de los acontecimientos, situaciones y personas de la vida diaria; b) el crecimiento y la purificación en el área de los sentimientos y de las actitudes, poniéndolos en consonancia con los de Jesús, la articulación racional del mensaje en diálogo, con el mundo que nos rodea, dar razón de nuestra esperanza: (1 Pe 3, 15). La comunión con los que forman el grupo de los discípulos en un proceso de purificación y de donación de todo lo que hay de espacio en nuestras relaciones, envidias, celos y la pasión por todos los hombres como manifestación que son del rostro de Dios; pero especialmente por los más pobres, como expresión del amor preferencial de Jesús; c) la conciencia de tener una misión y una tarea, un papel que realizar en la construcción del mundo, en el anuncio de la Buena Noticia que se derrama como una gracia fraterna y salvadora, la conciencia de libertad que es vivida como un riesgo ante la toma de decisiones, ante la apertura de caminos, ante la creación de situaciones nuevas en la que Dios pueda hacerse presente, el compromiso constante en la tarea,

81 G.S. 22: "En realidad el misterio del hombre no queda esclarecido de verdad, sino dentro del misterio del Verbo Encarnado."

incluso con hombres de otros credos y de otras ideologías, el convencimiento de que todo y especialmente la propia vida tiene sentido.

3.- LOS BENEFICIOS DE LA VIDA ESPIRITUAL

La vida espiritual no solo no daña al hombre, sino al contrario, ayuda a la salud de la mente. Y son muchos los protestantes, médicos o pastores que insisten sobre la importancia de la vida espiritual para consolidar la sanidad de la mente. Si bien no faltan las exageraciones (pensamos en el movimiento "Christian Science", que ha ido hasta sostener que la vida espiritual es capaz de eliminar las enfermedades), esta convicción tiene en realidad su fundación. Si de hecho el hombre es un "animal religioso", donde falta la dimensión de la vida religiosa falta el elemento principal de la entera personalidad. Por ello, contra los distintos "humanismos" arreligiosos, conviene reafirmar la excelencia de la vida espiritual.

Los psicólogos y los sociólogos constatan en nuestros días una multiforme ansiedad, producida por la vida social o por la inseguridad general, o el temor de la muerte. Contra esta ansiedad es necesario hacer un llamado a nuevas energías morales y espirituales para aligerarla y evitar las desviaciones de la droga y otros vicios. Si bien la unidad perfecta y la salvación son propias de la vida eterna, la vida religiosa produce la unidad de la persona y fortifica la vida ética.

La certeza de la fe y la fuerza de la esperanza que contempla la victoria definitiva de Cristo, como la vida de Dios en todas las circunstancias, disminuyen y no es raro que disipen la ansiedad. Entre las tendencias humanas fundamentales han de reconocerse el instinto de seguridad y de amor. La seguridad tiene un aspecto negativo si se la concibe como extrínseca, que puede ser abastecida por la sociedad o por una relación personal, sin que sea interiorizada. La seguridad de la fe en cambio presupone y corrobora el proceso de personalización.

Del mismo modo, los complejos personales son aliviados por motivaciones espirituales, sobre todo en aquellos que toman de corazón la vida espiritual.

Para tal propósito citamos la terapia de Viktor Frankl, cuyos principios de base se unen fácilmente con la perspectiva religiosa que reconoce en la fe profunda en Dios un medio privilegiado para vencer la ansiedad común a tantas personas: "A cada hombre se le pregunta por la vida y únicamente puede responder a la vida respondiendo por su propia vida; sólo siendo responsable puede contestar a la propia vida. De modo que la logoterapia considera que la esencia íntima de la existencia humana está en su capacidad de ser responsable".⁶²

En la corriente de los psicoanalistas, los cuales han extendido mucho las perspectivas freudianas concentradas en traumas del pasado individual, y tomando en cuenta la importancia de instancias más conscientes (como el deseo de éxito social, crear obras sea intelectuales o materiales, comunicarse con los otros), y hasta de las instancias religiosas, él hace llamada a la condición fundamental del hombre que siempre tiene necesidad de dar un sentido auténtico a su existencia.

Tal terapia difiere de una terapia religiosa, ya que no se dirige directamente a las motivaciones de la fe, sino a la formación del sentido de la vida. Esta se aplica, en primer lugar a las neurosis de tipo "existencialista", es decir a aquellas que nacen del "vacío existencial" producido por la carencia del sentido de la vida, pero de reflejo puede revelarse eficaz también en las neurosis de tipo diverso, a causa de la interacción existente entre el intelecto, el aparato psíquico y hasta puede involucrar el cuerpo. Como se intuye, no hay diferencias de estructura entre lo que Frankl llama logoterapia y el efecto psico-espiritual producido por una vida fundada sobre principios de la fe y de la esperanza: dar un sentido a la vida, crear en la conciencia un estado de paz y de seguridad apto para aliviar las presiones oscuras.⁶³

El acercamiento es tanto más justificado en cuanto que para Frankl el vacío existencial es debido al hecho que el hombre tiene necesidad de dar un significado a su vida.

Ésta debe tener un sentido para él, de lo contrario se sentirá profundamente frustrado, descorazonado, ansioso. Estableciendo con el paciente un encuentro de nivel espiritual, el terapeuta se propone ayudarlo a darle un significado a su vida, y en particular a su sufrimiento, de modo que se elimine de esta última el elemento de desesperación que surge de la sensación de sufrir en vano, en el

⁶² FRANKL, Viktor. *El hombre en busca de sentido*. Herder Barcelona. 1996. P. 108.

⁶³ FRANKL, Viktor. E. O.C. p. 101.

vacío, absurdamente: " El sufrimiento deja de ser en cierto modo sufrimiento en el momento en que encuentra un sentido, como puede ser el sacrificio".⁸⁴ Si interpretamos esta pedagogía en sentido cristiano, diremos que el sufrimiento pierde su absurdidad cuando se le coloca en la luz de la cruz de Cristo. La ansiedad y la angustia dejan el lugar al sufrimiento sereno y no perturban más el equilibrio psíquico.

4.- LA REALIZACIÓN PERSONAL VIVIDA EN CRISTO.

Uno de los rasgos de toda persona: conseguir sus aspiraciones y proyectos. En definitiva los trabajos, diversiones y relaciones apuntan a una de sus metas más apreciadas: realizarse integralmente como persona. ¿Dónde poner la realización? Para unos la realización está en "el ser" más y mejor; en otros (lamentablemente) en el poseer cosas y disfrutar de la vida de manera egoísta. Unos y otros como cristianos se encuentran ante la alternativa: la realización es con Cristo o al margen de Cristo y la Buena Nueva.

Lo que no se puede olvidar: la vida nueva incluye la realización personal en Cristo como una parte fundamental. En el cristiano auténtico no puede existir la dicotomía o separación entre su realización personal y la vivencia de la fe. El éxito radica en integrar la realización y fe en la persona y mensaje de Jesucristo. En definitiva el llamamiento que recibe el hombre es único con doble manifestación: el desarrollo de la personalidad y de la gracia bautismal.

¿Qué pide la realización personal en Cristo? La aceptación de los valores humanos integrados en el esquema del Evangelio. También pide la madurez de las facultades, el cultivo de las virtudes humanas de modo que todo el obrar quede impregnado de la mentalidad del Evangelio y de las exigencias de la vida nueva.

⁸³ FRANKL Viktor.E.. O.C. p. 101.

⁸⁴ FRANKL Víctor .E. o.c. p. 111.

5.- LA MADUREZ EN CRISTO SEGÚN EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA.

La misma introducción a la tercera parte del Catecismo cuida la dimensión humana como unida a la acción del Espíritu en el cristiano. La auténtica moral cristiana conduce a la praxis de los valores que aman los hombres como una exigencia elemental del seguimiento de Cristo. Luego, al tratar de la vocación del hombre como vida en el Espíritu, el Catecismo armoniza el desarrollo de la dignidad de la persona humana como unido de manera inseparable de la vocación cristiana. Como textos guía tenemos: El Espíritu nos renueva humana y sobrenaturalmente: "sanando las heridas del pecado, el Espíritu nos renueva interiormente mediante una transformación espiritual (Ef. 4 23), nos ilumina y nos fortalece para vivir como "hijos de la luz" (Ef 5 8), por la "bondad, la justicia y la verdad" (Ef 5 9) en todo.⁸⁵

Además, la vida nueva está fundamentada en las virtudes humanas. La catequesis de la "vida nueva" en Él (Rom 6 4) será una catequesis de las virtudes humanas que haga captar la belleza y el atractivo de las rectas disposiciones para el bien.⁸⁶

Así se presenta la madurez personal unida al seguimiento de Jesús: "Siguiendo a Cristo y en unión con Él (Jn 15 5), los cristianos pueden ser "imitadores de Dios, como hijos queridos y vivir en el amor" (Ef 5 1), conformando sus pensamientos, sus palabras y sus acciones con los sentimientos que tuvo Cristo y siguiendo sus ejemplos.⁸⁷

En la tercera parte del Catecismo acerca de la vida en Cristo encontramos estos datos: Elementos básicos de la madurez: "La vida en el Espíritu Santo realiza la vocación del hombre. Está hecha de caridad divina y solidaridad humana".⁸⁸

En fin el proceso completo de la madurez en Cristo se describe de la siguiente manera: "La dignidad de la persona humana está enraizada en su creación a imagen y semejanza de Dios; se realiza en su vocación a la bienaventuranza divina, corresponde al ser humano llegar libremente a esta realización.

⁸⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA N. 1695.2.

⁸⁶ Idem n. 1697.

⁸⁷ Idem n. 1694.

⁸⁸ Idem n. 1699.

Por sus actos deliberados la persona humana se conforma o no se conforma, al bien prometido por Dios y atestiguado por la conciencia moral. Los seres humanos se edifican a sí mismo y crecen desde el interior: hacen de toda su vida sensible y espiritual un material de crecimiento. Con la ayuda de la gracia crecen en la virtud, evitan el pecado y, si lo han cometido, recurren como el hijo pródigo a la misericordia de nuestro Padre del Cielo (Lc. 15 11-31), así acceden a la perfección de la caridad.⁸⁹

⁸⁹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. N. 1700.

CAPÍTULO 6

EL IDEAL DE LA MADUREZ ESPIRITUAL

1.- ITINERARIO PSICOLÓGICO HACIA LA MADUREZ ESPIRITUAL

La vida espiritual es, en sí misma, una vida que se desarrolla y avanza. El crecimiento se da desde la conversión hasta la santidad. La personalidad y la iniciativa del hombre son respetadas por Dios. La gracia diviniza al individuo con todas sus características.

Erikson analiza la fuerza del ego con el término virtud. En las etapas del desarrollo ocupa el primer lugar la esperanza, luego le siguen la voluntad (control e iniciativa), la tensión hacia el futuro y la plenitud, estas virtudes las considera la base de la vida moral. Después la fidelidad o lealtad para quien ha dejado de ser niño y ahora es adolescente; el amor y la preocupación por las personas o ideas que se han engendrado, como virtudes de los adultos; al fin la virtud de la madurez en plenitud que viene a ser la prudencia y nos facilita descubrir el sentido último de la vida.

Con el término virtud Erikson indica un aspecto del psiquismo, toma el significado de una actitud o de un conjunto de valoraciones y expectativas que vienen a ser positivamente constructivas para el desarrollo de la persona.

La esperanza o la confianza nos permite un sano optimismo de que los deseos y necesidades más profundas quedarán saciadas, aunque se presenten las normales desilusiones y frustraciones. Por esta virtud las cosas toman un tono y matiz nuevo, favorecen que no nos aislemos ni nos alienemos a causa del egoísmo.

Esta virtud nos hace aceptar la realidad, transformarla y adaptarnos a ella. Se nos convierte en comienzo y estímulo para la actuación del itinerario psicológico hacia la madurez espiritual.

2.- EL PROCESO ASCÉTICO EN LA VIDA ESPIRITUAL

La ascesis tiende a regular y a dirigir las mejores energías, tanto biológicas como psicológicas, sin contrariar ni reprimir las tendencias normales del hombre.

Haciendo a un lado el prejuicio de que la ascesis es un fenómeno patológico, lo hemos de entender como un proceso normal y es necesaria para el desarrollo de la personalidad humana.

La experiencia de la ascesis es común y apropiada para todos; no se trata de un fenómeno reservado a unos pocos.

Con la ascesis entendemos un esfuerzo metódico o ejercicio que pretende desarrollar las virtudes o regular y manejar las tendencias desordenadas.

Por medio de un concepto positivo de la ascesis, la moral y los consejos del Evangelio adquieren una mayor eficacia formativa. Es posible restablecer la armonía entre las tendencias contrarias que hay en cada uno. Asimismo dejar abierto el camino al impulso y a la acción de gracias.

Que existe un conflicto interior en la persona es un dato tanto de la religión como del moral, pero también la experiencia psicológica de cada individuo. En cada personalidad humana existe el equilibrio roto o por lo menos inestable. La ascesis en el plano natural se convierte en un esfuerzo metódico para restablecer el equilibrio psíquico y lo mismo en el plano sobrenatural el esfuerzo metódico nos lleva a la perfección cristiana.

La ascesis es un esfuerzo para cumplir lo mejor posible la voluntad de Dios. Tres tareas tiene la ascesis: a) encontrar cuál es el ideal que Dios quiere; b) ver este ideal como un objetivo de la existencia; c) realizar este ideal según las leyes normales de la psicología.

En la ascesis no se desprecian los recursos providenciales de la sensibilidad, ni se reniega o mutila la naturaleza; más bien, las actividades inferiores al servicio del espíritu se aprovechan como condición, apoyo e instrumento de toda la eficiencia.

Para obtener la integración se acepta la renuncia en cierto grado, el rechazo de todo lo que atenta contra la ella.

Por eso "la educación ascética es una forma de educación que puede tener un éxito más seguro cuando el equilibrio psicofísico ha alcanzado una mayor consistencia y la madurez personal consiente opciones más comprometidas y ponderadas".⁹⁰

En el adolescente la práctica de la ascética bien dirigida, no cae en la neurosis sino que le ayuda como defensa ante el dominio de los impulsos abriéndole a un mundo de valores.

3.- EL ESTADO MÍSTICO EN LA VIDA ESPIRITUAL

El estado místico es un movimiento espiritual que sacude el espíritu del hombre y le impulsa a trascender las ideas conceptuales para llegar a Dios a través del conocimiento y del amor. De este modo el Espíritu divino se une a nuestro espíritu en lo más íntimo y transforma la personalidad en el modo de pensar, sentir y actuar.

En la dimensión mística conviene distinguir el impulso que lleva hacia Dios y lo que es la fragilidad de nuestra naturaleza humana. Se trata de diferenciar con buen sentido entre lo que es esencial y lo que es accidental, entre lo que es normal y lo que es patológico.

El camino de la mística es la fe. Por medio de la oración otorgada por la gracia, el hombre místico llega al conocimiento "experimental" de Dios. A Dios se le puede "tocar" y "sentir" en cierto sentido. Dios posee al místico. En un estado místico se dan a veces desordenes mentales, otras veces enfermedades físicas. Resulta difícil saber si los elementos son parte de factores de la mística o se debe a patología.

4.- ORIENTACIONES PARA LA EDUCACIÓN ESPIRITUAL

La educación es verdadera formación del hombre siempre que tenga "unidad". Educar al hombre significa desarrollar e intensificar en él la unidad en la "totalidad" de la persona, dando el justo realce a la dimensión espiritual de la misma. La unidad de la educación no puede ser otra cosa que unidad religiosa. La religión, en efecto es el único principio que puede aportar unidad a la educación humana;

⁹⁰ ZAVALLONI Roberto. Psicología y espiritualidad. Paulinas. Madrid. 1983. P. 1198.

y por eso podríamos decir que la idea de la verdadera educación humana ha germinado y ha florecido en el mundo del espíritu gracias a la acción del cristianismo. Fue el cristianismo el que presentó y descubrió claramente al hombre este último fin, al que debe orientar todo su ser.

Uno de los aspectos mejores de la psicología a favor de la vida espiritual es la correspondencia entre las exigencias planteadas a la luz de la psicología misma en orden a un pleno desarrollo de la personalidad; en realidad, la psicología consigue armonía y autocontrol con el requisito de una cierta forma de ascesis, algo así como un compromiso que lleva una renuncia, a diferencia de lo que sostienen los que sólo pretenden que las exigencias del instinto sean plena y totalmente satisfechas.

CONCLUSIÓN

La reflexión más interesante que resulta de todo este estudio nos hace ver la importancia que tiene la investigación en este campo de la psicología y de la espiritualidad. Los estudios parciales nunca nos darán la suficiente luz para encontrar los caminos de bienestar para el ser humano.

El enfoque interdisciplinario nos facilita encontrar una aportación rica de cada una de las ciencias que hacen de la persona una realidad que no sólo se autorealiza sino que se autotrasciende, es decir, se llega a la plenitud como hombre y como creyente.

El propósito de esta tesina consiste en tener una visión con la contribución de la Psicología y la Espiritualidad. No siempre las hemos encontrado de acuerdo. Su oposición se da en vista de los diferentes enfoques de las corrientes que predominan según los tiempos y las creencias.

Nada beneficia tantos recelos, desconfianzas o miedos que se manifiestan en una y otra de estas disciplinas científicas. Por el contrario una y otra se necesitan e interrelacionan cuando han querido tener identidad consigo mismas, acudiendo una a la otra, recibiendo ambas siempre ricos e importantes aportes.

Es una necesidad encontrar la complementariedad que exige el complejo ser humano con dimensiones conductuales y espirituales. Todavía más urge esta mirada unitaria, puesto que Jesucristo, Hijo de Dios quiso asumirlo y redimirlo por un proceso de Encarnación de Dios en el hombre.

De la Psicología podemos aprender el valor trascendente de la persona humana, su iniciativa para abrirse al don del amor y las dificultades que experimenta lograr esa realización de sí misma y de sus valores, a la que tiende desde lo más íntimo de su ser integral.

La crítica que se puede presentar se refiere a las concepciones parciales que se tienen de la persona humana. Algunos indicios se perciben en la exposición de las clases de algunos profesores o en las conversaciones de los alumnos.

Por una parte encontramos opiniones, autores mismos, que se embelesan en un psicologismo estéril. No van más allá. Por otro lado, se desconoce la conducta humana en vista de un espiritualismo desencarnado que hace pasar de ángeles a una condición de animales.

La psicología, como toda realidad humana y ciencia, tiene una solidez, verdad, bondad propia, leyes, autonomía que estamos obligados a respetar. Un buen método y un enfoque científico nunca se

opondrán a la fe, porque tanto las cosas y las ciencias tienen como la religión su origen en el mismo Dios.

Entender una legítima autonomía de la ciencia, evitando inútiles pleitos y controversias nos ahorra establecer una oposición entre la ciencia y la fe.

Pero si la psicología se abstiene de la fe y de Dios no es justa. Si no hace depender la madurez de Dios sino sólo de sus propios sentimientos o móviles de conducta, haciendo al hombre disponer de todo sin relacionarlo con Dios, no hay nadie entre los creyentes que no vea la falsedad envuelta en tales posturas.

La Iglesia sostiene que el reconocimiento de Dios no se opone, en ninguna manera a la madurez y dignidad del hombre, ya que su grandeza se funda y se perfecciona en el mismo Dios. El hombre aparece en la sociedad como ser inteligente y libre por un acto de Dios creador, pero, sobre todo, es invitado como hijo a la comunión con Dios y a tomar parte en su felicidad.

En realidad la madurez y el misterio del hombre, toda su realidad psicológica no se aclara de verdad sino en el misterio del Verbo Encarnado, Jesucristo, el más humano de los humanos y el Hijo de Dios.

En todos los ámbitos de la vida de los hombres habría de quedar abierto el interés por los progresos de la psicología, le permitiría al hombre conocerse mejor e influir en la sociedad, en su familia, y en su persona.

La madurez psicológica explica mejor la actividad humana, favorece la alegría para la oración y el bienestar en la conducta al servicio de Dios y de los prójimos.

Los diferentes enfoques de la Psicología tienen semillas de los valores interiores del espíritu del hombre, facilita que cada persona sea más humana y cumpla en su vida el plan de Dios.

Hay que ayudar a todos, teniendo en cuenta el progreso de la Psicología, de la Pedagogía y de las ciencias didácticas afines, para que desarrollen armónicamente las condiciones físicas, morales e intelectuales de cada mujer y hombre hasta su máxima madurez. Que se adquiera un sentido más perfecto de la responsabilidad en el recto y laborioso desarrollo de la vida y en la consecución de la verdadera libertad, superando los obstáculos con grandeza y constancia de alma.

El cuidado de la vida espiritual, de la fe y la dimensión religiosa así como de los principios teológicos favorece que la madurez psicológica contribuya a que todos los creyentes tengan una vida de gracia más genuina y plena.

La madurez psicológica es la base y el camino para lograr una madurez religiosa y espiritual: el hombre más humano es el hombre santo.

BIBLIOGRAFÍA

A) FUENTES

BIBLIA DE AMÉRICA. Atenas, Madrid. 1994.

CONCILIO VATICANO II. Constituciones, Decretos, Declaraciones. Paulinas. 1963.

CONFERENCIA EPISCOPAL MEXICANA. Misal Romano. Buena Prensa. México. 1996.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la lengua española. 21ª. edición. Espasa Calpe. Madrid. 1992.

B) ESTUDIOS

AGUSTÍN SAN. La ciudad de Dios. P.L. 41.

AQUINO TOMÁS DE. Summa Teologica. Espasa Calpe. Argentina. 1943.

BALTHASAR H. URS VON. Chi é il cristiano?. Paoline. Brescia. 1965.

BONAVENTURA SAN. De septem donis Spiritus Sancti. Dehoniane. Roma. 1940.

AUSUBEL David.P. Psicología educativa. Trillas. México. 1995.

BERNARD Charles. Teologia Spirituale. Paoline. Roma. 1983.

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Carta a los obispos sobre algunos aspectos de la meditación cristiana. Paulinas. México. 1990.

CHAMPOUX ROGER. Nuove prospettive nella formazione religiosa. Una integrazione della spiritualità e de la psicologia del profondo. Roma. 1989.

CORBELLAR Roig J. Descubrir la Psicología. Cuadernos sobre el comportamiento humano. Barcelona. 1994.

CROUCHON George. Le pretre conseiller et psychologue. Salvator. Paris. 1971.

DAVISON Gerald. Psicología de la conducta anormal. Limusa. México. 1992.

DICAPRIO Nicholas S. Teorías de la Personalidad. Mc Graw Hill. México. 1993.

DE FIORES Stefano. Nuevo Diccionario de Espiritualidad. Espiritualidad contemporánea. Paulinas. Madrid. 1983.

DI MONDA Anton. Il mito de la maturità. Rassegna di ascetica e mistica. 1973. N. 24.

DSM IV. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. Masson. Barcelona. 1995.

- FILIPPI Salvatore. Maturità humana e celibato. La scuola. Brescia. 1970.
- FRANKL Viktor. El hombre en busca de sentido. Herder. Barcelona. 1996.
- FROMM Erich. Ética y Psicoanálisis. Fondo de cultura económica. México. 1963.
- GOFFI Tullio. Hombre espiritual. Nuevo Diccionario de Espiritualidad. Paulinas. Madrid. 1983
- HARING Bernard. La ley de Cristo. Herder. Barcelona. 1961.
- JUAN PABLO II. Tema de la jornada mundial de las comunicaciones sociales. Televisión y familia. L'osservatore Romano. Roma. 1994.
- _____ Catecismo de la Iglesia católica. Buena Prensa. México. 1993.
- KAPLAN Harold. Compendio de Psiquiatría. Salvat. Barcelona. 1994.
- LEONARD Anton. Psychisme et sainteté. Paris. 1958.
- MEZERVILLE Dr. Gastón de. Madurez sacerdotal y religiosa. Celam. Bogotá. 1999.
- PEDROSA Vicente. Nuevo Diccionario catequético. Paulinas: Madrid. 1998.
- QUOIST Michel . Triunfo. Lumen. Buenos Aires. 1987.
- PLE ANTON. Viaje a las profundidades del alma. Imágenes de la fe. No. 50. Madrid. 1990.
- SZENTMARTONI Michel. Maturità affettiva. Orientamenti pedagogici. Roma. 32. 1985.
- TORELLO José. Psicoanálisis y confesión. Rialp. Madrid. 1963.
- VAZQUEZ Antonio. La vocación religiosa como proceso psicológico personalizador. Sígueme. Salamanca. 1978.
- WOJTYLA KAROL. Amor y responsabilidad. Razón y fe. Madrid. 1969.
- ZAVALLONI Roberto. Educazione e personalità. Principi di psicoterapia educativa. Vita e pensiero. Milán. 1968.
- _____ Madurez espiritual. Paulinas. Madrid. 1983.
- _____ Psicología y espiritualidad. Paulinas. Madrid 1983.
- ZUANAZZI Gian Francesco. Patología espiritual. Paulinas. Madrid. 1983.